LA

SONATA XXVI

LA SONATA XXVI

LA SONATA XXVI

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA EN PROSA Y ADAPTADA Á LA ESCENA CASTELLANA

POR

Joaquín Riera y Bertrán

Estrenada en el «Teatro Principal» de Barcelona por la COMPAÑÍA TUBAU, la noche del 14 de Marzo de 1895



BARCELONA

Imprenta de Francisco Badía: Dr. Dou, 14.

1896

Del mismo autor

Reina absoluta, comedia en cuatro actos.

Mis dos papás, comedia en un acto.

A mi distinguido amigo y compañero

Francisco Javier Godo,

gran admirador del malogrado Teobaldo Cicconi en cuya «Rivincita» está basada la presente comedia, tan bien dirigida como bien interpretada por los artistas que la dieron á conocer en esta ciudad.

J. Riera y Bertrán.

Barcelona y Noviembre de 1896.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María	Sra. Tubau
Valentina	» Estrada
Marquesa Olimpia	» Alvarez
Clareta	Srta. Suárez (N.)
Virginia Monticelli	» Pardellans
Condesa Silvia	» Suárez (C.)
Pascual del Pó	Sr. Vallés
Conde Leoni	» Cachet
Federico	» Manso
Remigio	» Muñoz
Duque Cornaro	» Sala-Julien
Ascanio Balbi	» Navas
Lorenzo Tessaglia	» Morano
Profesor Fantini	» Marín
Un Criado	» Florit

Damas y Caballeros, que no hablan.

Director de escena: D. CEFERINO PALENCIA

Acción contemporánea.—El acto 1.° en una aldea de la Brianza (Lombardía). Los actos 2.° y 3.° en Florencia.



Acto primero

Salón, amueblado con elegancia, en casa de Pascual del Pó.—Puerta al fondo. Dos puertas laterales y un balcón practicable.—A la derecha, sofá. A la izquierda, mesita con canastilla de labor. Entre los objetos que contiene la canastilla, una cinta encarnada.—Al fondo, mesita redonda, con un jarrón para flores.—Dos mesitas, sillones, sillas.—Es de mañana.

ESCENA PRMIERA

MARÍA, VALENTINA, CLARETA

La primera, en traje claro, sentada en el sofá, componiendo un ramo. Clareta, con una cestita de flores, á los pies de María. Valentina, en traje oscuro, sentada y bordando, cerca de la mesita de labor.

MARIA — Clareta...

CLARETA — Señorita...

MARIA — Una rosa.

CLARETA — (*Dándosela.*) La reina de las flores.

MARIA — Una gardenia.

CLARETA — (*Id.*) Aquí está... ¡Y qué bien huele!...

MARIA — Ahora unas hojitas verdes. (*Impacientándose.*) ¡Despacha!... Valentina...

VALENTINA — (*Con leve sobresalto.*) María...

MARIA — ¿Tienes por ahí una cinta?

VALENTINA — (*Buscando en la canastilla.*) Encarnada. ¿Te sirve? (*A una señal afirmativa de María, Valentina la entrega á Clareta, que la da á aquélla.*)

MARIA ¡No que no! Color de llama viva, emblema de corazón que arde...

CLARETA (*Sonriendo.*) Conque... ¿arde de veras, señorita?

MARIA ¡Quién lo duda! Amo, sí; amo á León, con entusiasmo de... Edad Media: la época de las grandes pasiones.

VALENTINA (¡Siempre las mismas ideas!)

MARIA Bien lo sabéis: lo que siento lo siento tan de veras y con ímpetu tal, que me es imposible ocultarlo. Me sale al rostro, sacude mis nervios, satura mi acento...: vivo para sentirlo y para que nadie ignore que me domina, que es sangre de mi sangre, que es... yo misma.

CLARETA En cambio, la señorita Valentina es el... ¿cómo llaman?...¡Ah! Sí: el *renverso* de la cruz... Digo: de la medalla. Nadie dirá que son ustedes hijas de un mismo padre y de una misma madre. (*María va á colocar el ramo en el jarrón.*)

VALENTINA Cierto. María es muy guapa, tiene mucho talento y mucha vivacidad; en tanto que yo...

MARIA ¡Aduladora!... Nuestros temperamentos son diversos, pero iguales nuestros corazones. Somos buenas hermanas.

VALENTINA ¡Oh! Esto sí!...

ESCENA II

Las mismas, REMIGIO

REMIGIO (*Desde el umbral del foro.*) ¿Se puede?

MARIA ¡Remigio!...

VALENTINA ¡Remigio!... (*Volviéndose ambas.*)

MARIA (*Con amable ironía.*) ¡Por fin, señorito!... Sírvase usted pasar adelante... (¡Ahora verás!) (*Remigio va á estrechar la mano á Valentina, que demuestra alguna emoción.*)

REMIGIO Buenos días, Valentina.

VALENTINA (*Muy reservada.*) Buenos días, primo.

REMIGIO (*Estrechando la mano á María.*) ¿Cómo estás María?

MARIA — Muy sulfurada, muy incomodada contigo. ¡Tres días sin parecer por acá!... ¿Qué es de tí?... ¿A qué lo adivino?

REMIGIO — (*Suspirando levemente.*) Lo dudo.

MARIA — ¿A qué has estado en la feria de Lecco?

REMIGIO — No: vuelvo de Milán á este hermoso nido de la Brianza.

MARIA — ¡De Milán! ¡Magnífico!

REMIGIO — Me urgía ir allá para...

MARIA — Para asuntos graves: ¿eh? Noto que vas transformándote en personaje de alto bordo, excelentísimo é ilustrísimo señor Remigio.

REMIGIO — María...

MARIA — ¿Te amoscas? Punto y aparte.

REMIGIO — María...

MARIA — Servidora de su ilustr... (*Se inclina, volviendo al juego de antes, y se detiene*). Nó, nó: vamos: habla, Remigio.

REEIGIO — Pues... mira: vales mucho, pero tienes un pequeño defecto.

MARIA — ¿Uno solo? ¡Qué ganga! ¿Cuál?

REMIGIO — (*Suspirando.*) El de tomar todo á broma... digo, excepto la música; se entiende.

MARIA — ¡Ja, ja, ja!... Vamos: ¡no seas niño! Siéntate y cuéntanos algo de la capital.

VALENTINA — Clareta...

CLARETA — (*Pasando al lado de Valentina.*) Señorita...

VALENTINA — Siento una inquietud... Vé á averiguar si ha vuelto el abuelito. Ha salido de casa temprano, y Esteban me ha puesto en zozobra.

CLARETA — Sosiéguese, señorita. ¿Quién hace caso de Esteban? ¡Si es más tarambana!

VALENTINA — No importa: ¡anda, anda!

CLARETA — (*Retirándose y fiscalizando.*) (¡Hum!... ¿Está en zozobra por el abuelito ó... por algún otro que no tiene nada de abuelo?) (*Por Remigio.*)

ESCENA III

Los mismos, menos CLARETA

MARIA — (*Prosiguiendo conversación con Remigio.*) Conque... ¿en la «Scala» hubo anoche función?

REMIGIO No: en la «Canobbiana».
MARIA ¿Ópera?
REMIGIO «Aida».
MARIA ¿Estuviste?
REMIGIO No.
MARIA ¿Es posible?
REMIGIO ¡Qué quieres! Tú, María, tienes pasión por la música y verdadero genio para ella, en tanto que á mí... la verdad: las más de las veces, me fatiga.
MARIA Falso de toda falsedad, don... modestísimo.
REMIGIO ¿Por qué?
MARIA Porque, cuando yo voy á sentarme al piano, tú vas siempre trás de mí con anhelos de gran dilettante.
REMIGIO Cierto; pero es que tú, María, tú...
MARIA Tú... ¿qué?
REMIGIO Tienes un modo de tocar el piano, un arte en despertar, y mover, y... acariciar los sonidos, que... me llega á lo íntimo del alma.
MARIA (*Sonriendo.*) ¡Oh! ¡Qué poético y qué galante amaneciste hoy, primito!...
VALENTINA (¡Ah! No me engañé. La ama.)

ESCENA IV

REMIGIO, VALENTINA, MARÍA, CLARETA.

CLARETA (*A María.*) Señorita, está ya de vuelta.
VALENTINA ¿El abuelito? (*Se levanta alegre.*)
CLARETA No: el señor conde Leoni.
VALENTINA ¡Ah! (*Vuelve á sentarse, contrariada.*)
MARIA (*Levantándose muy jovial.*) ¡Oh!... Voy á su encuentro. Esta madrugada se ha ido de caza, y ya me parece que hace un siglo que... Hasta luego. Me dispensas ¿eh?... Hasta después, Valentina... Hasta después. (*Váse corriendo, muy alegre, por el foro.*)
CLARETA (*Siguiéndola.*) Señorita... señorita... ¡el ramo! Si: ¡échale un galgo! Lo ha compuesto para él, y se lo deja en el jarrón. (*Coje el ramo.*)

ESCENA V

REMIGIO, VALENTINA

REMIGIO (*Después de pausa.*) Valentina...
VALENTINA ¿Qué quieres?
REMIGIO Díme: ¿para qué fecha está concertada la boda de María con el conde Leoni?
VALENTINA Creo que para la próxima Pascua.
REMIGIO Y... ¿qué opinas tú?
VALENTINA ¿Yo?
REMIGIO Quiero decir si crees que serán dichosos?
VALENTINA Lo espero.
REMIGIO El Conde es...
VALENTINA Honrado y leal.
REMIGIO ...Muy razonador.
VALENTINA Porque tiene talento.
REMIGIO Promete mucho...
VALENTINA Sabrá cumplir. (*Suspiro y movimiento de Remigio.*) ¿Lo dudas?
REMIGIO ¿Yo?... Dudan... en Milán, donde el Conde es muy conocido; y yo... ¿á qué negarlo? Dudo también.
VALENTINA ¡Remigio!
REMIGIO Perdona si...
VALENTINA Se trata de mi única hermana.
REMIGIO (*Después de pausa y dominándose.*) Tienes razón: soy un majadero.
VALENTINA No: un poco imprudente.
REMIGIO María es guapa, instruída, rica... Los pretendientes eran muchos; podía excoger... ha preferido al que...
VALENTINA ¡Por Dios, Remigio! Dejemos este tema.
REMIGIO (*Indiferente y después de corta pausa.*) Y tú, Valentina, ¿no piensas en casarte?
VALENTINA ¿Yo?
REMIGIO No te faltarían partidos á granel.
VALENTINA (*Triste.*) No me interesan.
REMIGIO Es extraño: ¡una muchacha como tú, no sentir algo por alguien!
VALENTINA (*Suspirando.*) Nada... por nadie.
REMIGIO Valentina... (*Se acerca más.*) ¡Tú lloras!

VALENTINA (*Dominándose y afectando seriedad.*) Nó.
REMIGIO ¡Tú me ocultas un secreto!
VALENTINA Nó.
REMIGIO (*Id. que antes.*) ¡Habla! ¿Qué tienes?... De algún tiempo para acá, te veo muy triste. ¿Qué te apena?
VALENTINA (*Después de breve fluctuación y de asegurarse de que están solos, bajando la voz.*) Me domina un presentimiento funesto.
REMIGIO ¿Cuál?
VALENTINA (*Después de nueva mirada recelosa por la escena y bajando más la voz.*) Desde algún tiempo, ¿no has notado cierto cambio en el abuelito?
REMIGIO Nó.
VALENTINA Pues yo sí. Yo le encuentro muy cambiado. Antes era jovial,... decidor... Entraba en su despacho, (*Señalando la derecha*) é iba á sus quehaceres con ánimo sereno; gustaba de las compañías y de los pasatiempos; llevaba, en fin, sus setenta años muy cumplidos, con vigor... casi con lozanía. Hoy... hoy anda preocupado, macilento, huraño y... ¡lo que es peor! quebrantado de salud... Créeme, Remigio: al abuelito le pasa algo grave... Temo una desgracia.
REMIGIO ¡Vamos, mujer! ¡No seas tan pesimista! Tu abuelito es comerciante, y... ya se sabe: el comercio es ocasionado á contrariedades que preocupan, sin revestir gravedad... Además, tío Pascual, desde la pérdida del famoso pleito que tantos sinsabores le costó... Sí, sí. Eso será y... nada más.
VALENTINA ¡Ah¡ ¡Si no fuera más que eso!
REMIGIO ¿Qué imaginas que sea?
VALENTINA (*Después de breve pausa.*) Remigio, prométeme una cosa.
REMIGIO Prometida.
VALENTINA (*Emocionada.*) Si mi familia se ve sumida en alguna desgracia, tú no nos abandonarás... ¿Verdad que no? (*Ofreciéndole la mano.*
REMIGIO (*Estrechando la mano de Valentina.*) ¡Oh, nó!
VALENTINA ¡Gracias, Remigio, gracias!

ESCENA VI

Dichos, MARÍA, CONDE LEÓN.

(*María da el brazo al Conde León, el cual viste traje de caza y ostenta en la mano el ramo que Clareta ha llevado antes.*)

MARIA (*Entrando.*) Feo, feo y feo. (*Refiriéndose al traje de León.*) No retiro ni uno de estos tres «feos».

LEON Pero, mujer...

MARIA No hay pero, ni mujer que valga. Y sinó, que lo digan mi hermana y mi prímo.

LEON Simpática Valentina... Amigo mío... (*Estrechándoles la mano.*)

MARIA ¡Pícaro! Quiere corromper los votos con su galantería, pero no ha de valerle la treta. (*Dirigiéndose á los dos.*) Decidme con lealtad: ¿vá á creer nadie que este vestido salga de la primera sastrería de Milán?...

LEON Pero... ven acá, mujer impresionable. Te he dicho y te repito que nosotros, jóvenes del que llamamos gran mundo, debemos ciega sumisión á la moda.

MARIA ¡La moda!

LEON La moda, sí, que tiene todos los caprichos de las mujeres hermosas, y todo el poder de las reinas absolutas.

MARIA ¿Lo oyes, Valentina?

VALENTINA Sí.

REMIGIO (¡Y este hombre sabe hacerse amar de ella!)

MARIA Sus palabras, aunque defiendan cosas rematadamente malas, tienen un atractivo que no hay forma de resistir.

REMIGIO (¡Desdichada!)

MARIA (*Con coquetería, colocando una mano sobre la espalda de León.*) Conteste el señor magnetizador.

LEON Pregunte mi querida... magnetizada.

MARIA ¿Amas siempre á tu María?

LEON Siempre.

MARIA ¿De veras?

LEON — ¿Cómo no? Un gran filósofo compara el corazón del hombre á la máquina de un molino: si tiene grano que moler, lo tritura, y... brota la harina; si no, al dar vueltas y más vueltas, se gasta inútilmente.

MARIA — Y... ¿concluye aquí la filosofía?

LEON — Nó. Prosigue consignando que los éxitos demasiado fáciles quitan prestigio al triunfo. Más claro: que el amor, para robustecerse, necesita dificultades que vencer,... desafiar las tempestades. Esta es su poesía.

REMIGIO — Sí: poesía de ruído, de colores, de aparato teatral: sin atractivo para mí, que sólo conozco un juez de mis pensamientos: la conciencia; y un manantial de mis inspiraciones: el corazón.

ESCENA VII

Los mismos, PASCUAL

(*Llega por el foro. Se ha parado en el umbral de la puerta, pálido, abatido, trémulo, y ha escuchado las últimas frases de Remigio.*)

PASCUAL — ¡Muy bien, Remigio, muy bien! (*Todos se vuelven hacia Pascual.*)

VALENTINA — ¡Abuelito!.., (*Corriendo á su lado.*)

MARIA — ¡Oh! (*Idem, y quedan una á cada lado del viejo.*)

PASCUAL — (*Siempre con la vista fija en Remigio.*) Mantente siempre firme en estos principios. Con ellos, serás digno de tu familia y de tu país. (*Estrecha, con ambas manos, las de Remigio.*)

REMIGIO — Lo espero, tío.

PASCUAL — (*Besando en la frente á María y á Valentina.*) Sí.

MARIA — Abuelito, estamos muy enfadadas contigo.

VALENTINA — ¡Salir de casa sin despedirse!

MARIA — ¡Te estás volviendo muy malo, hijito!...

PASCUAL — Me urgía ver al señor Alessandri, el notario de la villa.

VALENTINA — ¿Al notario?

MARIA — (*Vivamente.*) Por mi contrato matrimonial. ¿Acerté?

PASCUAL (*Distraído.*) Por tu... (*Repriméndose.*) Cabal: por tu... Acércame una silla, Valentina.

LEON (*Acercándosela.*) Permítame que sea yo quien...

PASCUAL Gracias, Conde.

MARIA «¡Gracias, Conde!...» No: gracias, León,—se dice.

PASCUAL Gracias, León.

VALENTINA ¿Te sientes mal, abuelito?

PASCUAL No...

VALENTINA (*Aparte á Remigio.*) (Obsérvalo bien... Tiene los ojos hinchados, las manos muy trémulas...)

PASCUAL ¡Hermoso día! El cielo límpido como un cristal; la tierra exhalando perfumes... Id al jardín. ¡El aire de otoño es tan bueno para la salud!...

VALENTINA Yo... no voy.

PASCUAL ¿Por qué no?

VALENTINA Porqué prefiero estar contigo.

PASCUAL ¡Pobrecita!... Remigio os acompañará: ¿verdad que sí?

REMIGIO Con mucho gusto. (*Observándolo.*) (Realmente, empiezo á temer...)

MARIA ¿León irá también con nosotros?

LEON Mucho que sí.

PASCUAL Luego. Ahora... tengo algo importante que comunicarle.

MARIA (*Vivamente.*) Nada de malo ¿eh, abuelito? (*Aparte á León.*) (Procura concluir pronto, y véte al Pabellón de los Sauces: allí te aguardaremos.)

LEON (*Idem á María.*) (No faltaré.)

(*Vánse, foro. Valentina, suspirando, mira con incertidumbre á Pascual. Remigio vuelve el rostro para mirarlo. Ambos van siguiendo lentamente á María, al desaparecer.*)

ESCENA VIII

LEÓN, PASCUAL

(*El primero va á colocar en el jarrón el ramo de flores, y luego se acerca á Pascual.*)

LEON Siempre á la disposición de usted, señor del Pó.

PASCUAL Sírvase usted... (*Acercándole una silla.*)

LEON (*Tomando la silla.*) (¿Qué será?...) (*Se sienta.*)

PASCUAL Conoce usted el amor que profeso á mis nietas, y sabe cómo el suyo endulza los últimos años de mi vida.

LEON Me consta. Huérfanas de padre y madre, imposible que hallaran en el mundo mejor apoyo que el de usted, dos veces padre.

PASCUAL Pues bién: al acercarse el día de separarme de una de ellas, debo dirigir á usted algunas preguntas.

LEON (*Sorprendido é inquieto.*) Estoy pronto...

PASCUAL ¿Recuerda usted dónde y cuándo vió por primera vez á María?

LEON ¡Oh, sí! La vi, por primera vez, el verano pasado, en Génova, donde tomaban ustedes baños de mar.

PASCUAL Nos fué usted presentado por el banquero Jacobo Travera.

LEON Cabal: una noche de concierto, en el hotel Féder... María estaba sentada al piano, y tocaba con rara y personalísima habilidad la gran Sonata XXVI, de Beethoven. Interpretada por ella, ¡qué magnífica la composición del maestro colosal! ¡Qué «despedida,» qué «ausencia» y que «regreso» los que describe la inmortal Sonata! ¡Cómo me conmovieron y me hechizaron!

PASCUAL «Señorita,—la dijo usted—la música aviva en el alma el amor.»

LEON Es cierto.

PASCUAL «Quisiera poseer un reino, para ofrecer á usted una corona.»

LEON Esto dije.

PASCUAL Y pocos días después...

LEON Pocos días después, solicité de ella permiso para granjearme su corazón. «Hable usted al abuelito,—me contestó;—en mí, tiene usted un abogado dispuesto á denfender su pretenión.»

PASCUAL (*Sonriendo.*) Y realmente, la defendió bién.

LEON Tan bién, que la deberé el honor de poder llamarme nieto de usted.

PASCUAL ¡Oh!... (*Después de breve pausa y fluctuación.*) Escúcheme usted, Conde. Viejo co-

merciante, tengo por divisa en los negocios que la palabra empeñada importa obligación de cumplirla. Mas como considero el matrimonio una cosa demasiado seria y santa para confundirla con un contrato comercial, me permito dirigir á usted una advertencia.

LEON — ¿Y es...

PASCUAL — (*Después de breve pausa.*) Que... si por acaso, se sintiese usted hoy arrepentido de la palabra empeñada... está todavía á tiempo para retirarla.

LEON — (*Levantándose y afectando sentirse ofendido.*) Señor del Pó, no comprendo...

PASCUAL — Contésteme sin ambajes. Usted ¿qué es lo que ama en María?

LEON — Todo: su belleza peregrina, su raro ingenio, su noble corazón...

PASCUAL — Y... ¿nada más?

LEON — Su temperamento de artista,... sus inclinaciones,...

PASCUAL — Y... ¿nada más?

LEON — ¿Qué más?... Su educación, su carácter franco y leal...

PASCUAL — Está bien: la mano de usted, León. (*Estrechándosela.*) Dentro quince días, María será su esposa de usted.

LEON — Lo deseo con toda mi alma.

PASCUAL — ¡Oh! ¿La hará usted dichosa?

LEON — Tiene derecho á serlo.

PASCUAL — ¡Dichosa siempre!

LEON — ¡Siempre, padre mío, siempre!

PASCUAL — ¡Padre!... ¡Ah!... ¡Gracias! (*Se enjuga una lágrima.*) ¡Bendito sea Dios!

ESCENA IX

Dichos, CLARETA

(*Llega corriendo por el foro.*)

CLARETA — ¡Señor, señor!...

PASCUAL — ¿Qué ocurre?

CLARETA — Un coche, tirado por cuatro caballos, ha pa-

rado en el portal. ¡Qué coche! ¡Qué caballos!... ¡Qué cabezas!

PASCUAL ¿Acabarás?

CLARETA Un caballero y una señora. que se han apeado del coche, preguntan por usted. Están de paso para Milán. Les he dicho que entraran. ¡Cálle! Si no me engaño, suben ya la escalera. (*Retirándose.*) (¡Pero qué coche!... ¡Qué caballos! ¡Qué...)

ESCENA X.

LEÓN, PASCUAL

LEON Está usted azorado... pálido .

PASCUAL (*Con esfuerzo.*) No. Estoy tranquilo,... completamente tranquilo.

ESCENA XI

PASCUAL, LEÓN, MARQUESA OLIMPIA, FEDERICO

(*Este la da el brazo. Páranse en el umbral de la puerta; luego, Federico adelanta.*)

FEDERICO Con permiso. (*Adelanta.*) La Marquesa Olimpia de la Rovera... y yo, su sobrino.

PASCUAL (*Con marcada emoción.*) (¡Ah! ¡ella!...)

LEON (*Reconociendo á Federico.*) ¡Federico!... ¿Tú por aquí?

FEDERICO (*Idem á León.*) ¡León Leoni!... ¿Tú por acá? (*Se estrechan la mano y abrazan.*)

LEON ¡Mi coi discípulo de Universidad!

FEDERICO ¡Mi colega de Derecho Canónico... y otras hierbas indigestas! (*Vuelven á abrazarse con mucha cordialidad y quedan hablando particularmente.*)

OLIMPIA (*Prosiguiendo conversación con Pascual*) ¿No esperaba usted mi visita?

PASCUAL Sí, señora. Me la ha anunciado el notario Alessandri. (*Quedan conversando.*)

FEDERICO ¡Sorpresa agradabilísima...!

LEON ¡Tanto tiempo sin vernos!...

FEDERICO Chico, estás hecho un brazo de mar... venatorio. (*Por el traje de León.*) Ultra-chic... Siempre el mismo... *Semper semperque*, que diría nuestro profesor de clásicos latinos... y otros prójimos mareantes.

OLIMPIA Ya ve usted que mi visita no ha sido del todo desinteresada... Deseo poner en regla una situación que, de prolongarse, podría perjudicarme, sin verdadero provecho para usted.

PASCUAL (*Bajo y azorado á Olimpia.*) (Señora Marquesa ... pueden oirnos y... ¿Quiere usted entrar en mi despacho? La pondré de manifiesto mis libros comerciales, y luego ..)

OLIMPIA (Como usted guste.) Federico...

FEDERICO (*Interrumpiendo su animado coloquio con León, y acudiendo.*) Tía Marquesa...

OLIMPIA Aguárdame aquí.

FEDERICO Está bien, tía Marquesa.

OLIMPIA Que no te vayas; ¿eh?

FEDERICO ¡Nó tía Marquesa, no!

OLIMPIA Hasta luego.

PASCUAL (*Siguiendo á Olimpia.*) (¡Desdichado de mí!)

ESCENA XII

FEDERICO, LEÓN

FEDERICO (*Después de pausa, coge una mano de León y hace que éste le siga hasta el primer término del escenario, hablándole luego con cómico misterio.*) ¡Psit!... Conde León Leoni...

LEON Federico... Pelo-rubio...

FEDERICO ¿Has visto aquella cabeza asáz venerable, sobre aquel busto asáz problemático?

LEON La he visto.

FEDERICO ¿Has oído aquella voz saliendo de unos labios inverosimilmente encarnados?

LEON La he oído.

FEDERICO Unos cuarenta años... con algún pico... largo, de que no quiero acordarme; un dolor reumático, que va convirtiéndose en crónico;

ningún heredero descendiente, ninguno ascendiente; diez millones de liras... sonantes; vil-la sobre el Lago Mayor; palacio en Milán, idem en Florencia; palco en la «Scala»; tres pinches de cocina, cuatro ayudas de cámara, seis caballos... con otros aperitivos á la altura de los susodichos, y de los cuales me acuerdo día y noche, rechupándome los dedos de gusto.

LEON — Sí: ¿eh?

FEDERICO — ¡Sí! Admírame y envídiame. Yo, sobrino único de mi tía, me armé de valor... cívico, y estoy haciendo la corte á tía Olimpia, con el santo fin de declararle paladinamente, en su día, probado amor, ofreciéndola ésta mi blanca mano. ¡Felicítame, hombre!

LEON — (*Cogiendo por una mano á Federico, llevándole al balcón é imitando el tono en que aquél le ha hablado.*) En el fondo del jardín se eleva un pabellón cobijado por sauces llorones...

FEDERICO — ¿Elegía al canto? ¡*Malorum*!

LEON — No: idilio hoy, y epitalamio mañana. Deja que prosiga.

FEDERICO — Prosigue.

LEON — Dentro del pabellón y en este momento histórico, platican dos hermanas.

FEDERICO — Ya: no las veo, pero me las imagino...

LEON — Una de ellas, la más joven, se llama María. (*Lo siguiente muy marcado.*) Bonita como una rosa; pura como una azucena; gallarda como un lirio; con una mirada que seduce, con una voz que conmueve, con un talento que encanta, y... sobre todo, con una dote que fascina.

FEDERICO — ¿Y tú...

LEON — Admírame y envídiame: yo, fiel discípulo de Horacio Flaco, concilio lo útil con lo dulce: hago la córte á María, para ofrecerla pronto ésta mi mano... bastante morena.

FEDERICO — Nada: los caprichos de los hombres son varios. Algunos, como tú, se postran ante el sol que nace; otros, como yo, veneran la luna que se pone.

LEON — Sobre gustos...

FEDERICO Etcétera: por todas partes se va á Roma.
LEON Cabal: sólo que yo, chico, voy por vía nueva.
FEDERICO Yo por vía antigua, chico.
LEON Yo, en primavera.
FEDERICO Yo, en otoño.
LEON Yo, por la derecha.
FEDERICO Yo, por la izquierda.
LEON Yo, camino de la dote.
FEDERICO Yo, camino del testamento.
MARIA (*Dentro, fondo.*) ¡León!
LEON Amor me llama. (*Indicación con la mano.)*
FEDERICO Caridad me retiene. (*Igual indicación.*)
LEON Adiós, Federiquillo.
FEDERICO Adiós, Leonini.
LEON Saludos á la... mamá.
FEDERICO Un besito á la... monina.
LEON ¡Buen pájaro estás! ..
FEDERICO ¡Estamos!
LEON ¡Psit!
FEDERICO ¡Psit!
LEON ¡Ja, ja, ja!... (*Desaparece, foro.*)
FEDERICO ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Alerta! ¡Vuelven!

ESCENA XIII

FEDERICO, PASCUAL, OLIMPIA

PASCUAL (*Presentando un pliego á Olimpia.*) En esta forma, señora Marquesa, creo que nuestras cuentas resultan conformes. ¿Acepta la señora Marquesa?
OLIMPIA Acepto.
PASCUAL Cedo todos mis bienes, á escepción de la casa que habito, con su jardín.
FEDERICO (Sí: y con el pabellón de los sauces... llorones.)
OLIMPIA Y ahora, señor del Pó, permítame creer que no ha de guardarme rencor por... He concedido a usted cuantas dilaciones me ha sido dable, pero...
PASCUAL No insista usted, señora; á nadie acuso, sinó á mi suerte.
OLIMPIA Pero... convendrá usted en que sus últimas

operaciones fueron demasiado arriesgadas: en Milán las calificaban de locuras.

PASCUAL ¡Pse!... Jugué y perdí: luego fuí loco. La misma historia de siempre. ¿Triunfáis? El Capitolio. ¿No triunfáis? La Roca Tarpeya...

FEDERICO (¡Y mi León tan... fiero como le pintan!)

PASCUAL Por lo demás, no debo mi ruína sólo al mal éxito de mis negocios comerciales: la debo, originariamente, á peores contratiempos.

OLIMPIA Sí: algo ha llegado á mi noticia... Un pleito largo y ruinoso...

PASCUAL Por cuyo fallo inapelable se nos desposeyó de unas tierras saneadas, que la familia del Pó había adquirido de buena fé en el Véneto.

OLIMPIA Reivindicación á título feudal.

PASCUAL Sí: en favor de un noble ocioso... de un parásito armado del derecho de asesinar al prójimo.

FEDERICO (¡El vejete se atufa! ¡Esa democracia es feróz!)

PASCUAL En fin, señora Marquesa: pobre quedo, pero no debo nada á nadie. He salvado mi firma. (*Toca el timbre de aviso.*)

OLIMPIA No cabe negarlo: es usted un hombre de bien.

ESCENA XIV

Los mismos, CLARETA

CLARETA (*Desde el foro.*) ¿Señor?

PASCUAL ¿El conde Leoni?

CLARETA Está con las señoritas. La señorita María va á sentarse al piano, y el señor Conde, como de costumbre, se prepara á volver las hojas.

FEDERICO (Pues hace bien en prepararse... á eso: á volver la hoja.)

PASCUAL Necesito hablarle inmediatamente.

CLARETA (*Retirándose.*) (¡Nubarrones!...) ¡Tempestad!... Esta vez la señorita Valentina habrá acertado.)

FEDERICO (*Mirando á Clareta.*) (¡Apetitosilla está la fámula!... ¡Ténte, sobrino... de tu tía!)

ESCENA XV

Los mismos, menos CLARETA

OLIMPIA — A lo que entiendo, hay en la familia una pianista.
PASCUAL — Mi nieta María.
FEDERICO — (¡Tiemblo por el... mariófilo!)
OLIMPIA — Mi enhorabüena. Soy apasionada por la buena música.
PASCUAL — Temo, señora Marquesa, que mi nieta habrá de prescindir del piano por... cosas más positivas.
OLIMPIA — ¡Ah! teniendo verdadera aptitud, sería una gran desgracia.

ESCENA XVI

Dichos, LEÓN

LEON — ¿Qué se le ofrece á usted?
FEDERICO — (*Ap. á León.*) ¡Te luciste, colega! (¡Ay! Ya sé me soltó) (*La lengua*)
LEON — (*Id. á Fed.*) ¿Eh? ¿Qué quieres decir?
FEDERICO — (*Id. á León.*) ¡Nada!.. que... el tiempo se va encapotando.
PASCUAL — Sírvase usted, Conde, hacer los honores de mi casa, acompañando á la señora Marquesa de la Rovera. (*Presentándola.*)
LEON — Con mucho gusto.
PASCUAL — (*Presentando á León.*) El Conde León Leoni, milanés.
OLIMPIA — Conciudadano mío.
LEON — Y futuro yerno del señor Pascual del Pó.
OLIMPIA — ¡Oh!...
FEDERICO — (¡Humm!)...
OLIMPIA — Extraño, Conde, no haber visto á usted nunca en Milán.
LEON — He estado viajando.

OLIMPIA ¡Ah, ya! (*Queda conversando con León.*)
PASCUAL (*Ap. á Fed.*) Caballero, dos palabras.
FEDERICO (*Id. á Pascual.*) Y dos mil.
PASCUAL (*Id. á Federico.*) Es usted muy amigo del Conde Leoni.
FEDERICO (*Id. á Pascual.*) ¡Mucho que sí! Cursamos juntos el Derecho canónico... con otros Derechos más ó menos... (torcidos.)
PASCUAL (*Id. á Federico.*) Permítame usted, pues, pedirle un favor. Entérele usted de cuanto ha oído acerca de nuestra situación.
FEDERICO (*Id. á Pascual.*) ¡Ah! ¿Conque... desea usted que yo le entere de...
PASCUAL (*Id. á Federico.*) Sí: dígale que el abuelo de su prometida está poco menos que arruinado... A mí... ya se hará usted cargo: me faltaría valor para ello.
FEDERICO (*Id. á Pascual.*) ¡Nada! Corre de mi cuenta. (Desmelenaremos al pobre León con toda la pulcritud y aseo que el arte reclama. Me estimulará el hambre feróz que me domina.)
OLIMPIA (*A León, que le ofrece el brazo.*) Acepto.
LEON Honrándome mucho, Marquesa.
OLIMPIA ¿Vamos, Federico?
FEDERICO Vamos, tía Marquesa.—Señor del Pó, celebro tanto... (*Estrechándole la mano.*) (¡Pobre vejete!)
PASCUAL Servidor de usted. (*Ya en el foro.*) A los pies de usted, Marquesa.

ESCENA XVII

PASCUAL

Después de pausa, déjase caer en una silla, llorando y mesándose los cabellos.

¡Dios mío!... Las fuerzas me abandonan... ¿Qué mal he hecho á nadie? ¿No he sido siempre... siempre un hombre honrado?... (*Aparecen María y Valentina en el umbral de la puerta, y quedan escuchando.*
Y ellas me prodigarán sus caricias, y yo ten-

dré que decirlas: «¡Armáos de valor, hijas de mi alma! ¡Fuímos ricos, y somos pobres... completamente pobres!...»

ESCENA XVIII

PASCUAL, MARÍA, VALENTINA

MARIA ¡Ah!
VALENTINA (¡Me lo daba el corazón!)
PASCUAL ¡Oh! ¿Vosotras? ¡Justicia divina! (*Ha querido ir á su encuentro, se tambalea y cae sentado en otra silla.*)
VALENTINA ¡Abuelito! (*Arrójase llorando en Pascual.*)
PASCUAL ¡Perdón, hijas mías!...
VALENTINA ¡No digas esto! Dios es bueno, y nos asistirá.
PASCUAL (*Volviéndose hacia María, que está de pie, absorta en un pensamiento grato.*) María... mi adorada María... ¿no lloras tú?
MARIA Nó.
PASCUAL ¿No sufres?
MARIA Nó.
PASCUAL ¿Nada tienes de qué acusarme?
MARIA ¿Acusarte? Te abrazo... y espero.
PASCUAL No nos resta más que la casa que habitamos.
MARIA ¡Oh, nó! Nos resta mi familia.
PASCUAL ¿Tu familia?
MARIA Sí: León es caballero, y me ama.
PASCUAL ¡Oh! (*Muy enternecido, la besa.*)
VALENTINA ¡Qué buena eres! (*Se abrazan las dos hermanas.*)
MARIA Enjuga el llanto, abuelito... La desgracia no humilla. Nos diste una educación sólida; nos acostumbraste al culto de todo lo bueno y santo. A tí te queda un capital intacto: el honor; á nosotras, un capital inextinguible: el cariño. Mírame: estoy tranquila, y sonrió como si nada hubiese ocurrido. Alégrate, Valentina... Os repito que nosotros viviremos para que no sufráis; para que seáis dichosos. ¡Ea! Que no quiero lágrimas. (*Enjugando, con su pañuelo, las de Pascual.*)

¿Lo oyes, abuelito?.. ¿Lo oyes, Valentina?.. ¡Nada de llanto, nada de desconsuelo! Corro en busca de León, y... (*Al ir en su busca, se encuentra con León, que entra serio y grave.*)

ESCENA XIX

Los mismos, LEÓN

LEON — ¿A dónde bueno, María?

MARIA — ¡Ah! Llegas á punto. Acércate... Tenemos que contarte cosas algo desagradables. ¡Qué remedio! Este es el mundo. No todo son rosas... ni aún en las mismas rosas.

PASCUAL — Ya debe de saberlo todo.

LEON — Sí: cumpliendo el encargo de usted, me ha enterado Federico...

MARIA — ¡Mejor que mejor! Escucha. Me has dicho mil veces que hubieras deseado ser rey para poner á mis pies una corona.

LEON — Sí.

MARIA — Me has dicho y repetido que cuanto posees y ambicionas, lo posees para compartirlo con tu María: ¿verdad?

LEON — Sí.

MARIA — Me tenías dicho y repetido, en fin, que tu única idea, que tu único deseo era el de conocer mis más íntimas aspiraciones, para tener la dicha de satisfacerlas.

LEON — Es verdad.

MARIA — ¿Lo oves, abuelito?... ¿Lo oyes, Valentina? Dice que es verdad. ¡Claro que lo había de decir!

LEON — No puedo negarlo.

MARIA — ¡Ah, no! No puedes, porque eres caballero. Pues bien, León: mi abuelito y mi hermana necesitan ahora de nosotros, de nuestros consuelos y de nuestro auxilio... Pongamos en común pensamientos y obras, afectos y esperanzas, vida y hacienda: formaremos una sola familia, y las bendiciones del cielo descenderán sobre nosotros.

PASÇUAL — ¡Compadézcala usted! Ella...

MARIA (*Vivamente.*) No prosigas. Conozco demasiado á León, para consentir que nadie ponga en duda... ¡No faltaba más! (*Pausa.*) Habla, León, habla... Yo invoco tus palabras y confío en ellas... (*Silencio.*) ¡No te hagas de rogar! ¡Habla, por Dios!... ¡Por nuestro amor! (*Poniendo, con tierna coqueteria, las manos sobre los hombros de León, mientras éste persiste en su fría actitud.*)

LEON María... Te falta conocimiento... Te falta práctica de la vida, y...

MARIA (*Recelosa.*) Y... ¿qué?

LEON Que .. en las posiciones difíciles, los consejos aventurados resultan casi siempre fallidos.

MARIA (*Muy sorprendida y apartándose de León.*) ¡Oh!...

LEON Dando pábulo á la fantasía, en vez de atenernos á la razón, haremos un capítulo de novela romántica.

MARIA (*Creciéndose en dignidad.*) ¡Basta!... Creí realidad un hermoso sueño... Mi despertar es horrible...

LEON No... ¡Si realmente hay que tomar un partido! Pero... con calma, con discreción.

MARIA Basta, Conde, basta.

LEON Parto enseguida para Milán... Me procuraré informes acerca de lo ocurrido...

MARIA (*Escandalizada.*) (¡Oh!)

VALENTINA (¡Qué descaro!)

PASCUAL (¡Míserab...) (*Se contiene.*)

LEON Y... si realmente existen términos hábiles para...

PASCUAL (*Con energía, levantándose.*) ¡Vive Dios que esto es ya demasiado! Hasta ahora he podido callar. Las reticencias de usted me hieren demasiado para resistirlas. He caído, sí, pero no en el lodo. Me siento abatido; manchado nó. Puedo erguir alta, muy alta, la cabeza, para decirle al Conde Leoni que el erigirse en censor de mis actos, ofreciéndome la vil limosna de sus informaciones sobre mi conducta, me irrita tanto como me ofende, y que revela mucha intemperancia, mucha audacia y poca, muy poca delicadeza.

LEON (*Turbado.*) El padre de ustedes, señoritas, se

deja arrastrar por la pasión. Se lo perdono porque es anciano y porque deploro su desgracia.

MARIA ¿Perdonar usted?... ¿Usted? Nó: nosotros somos quienes deberíamos perdonarle por lo que ha hecho, por lo que piensa, por lo que ha sido capáz de proponer. (*Movimiento de León para hablar.*) Ni una palabra más. Entre usted y yo sólo queda de común la... fatalidad del pasado. El Conde Leoni no existe para María del Pó: María del Pó ha muerto para el Conde Leoni. Insistir sería arrogancia inútil por su parte, y humillación... vergüenza por la mía. (*Nuevo movimiento de León.*) Hemos concluido para siempre... Usted, señor Conde, baja los ojos: yo los levanto. (*Toca el timbre.*) ¿Creyó usted que me afligiría?... ¿Que me desesperaría?... Se ha engañado usted, Conde. Estoy serena y...

ESCENA XX

Dichos, CLARETA, en el umbral de la puerta.

MARIA Al cochero, que enganche. El Conde Leoni quiere regresar a Milán cuanto antes.

CLARETA Voy, señorita. (¡Ay que gusto!)

ESCENA XXI

Los mismos, menos CLARETA

LEON María... (*Va á saludar.*)

MARIA (*Nerviosa y sonriendo irónica*) Felíz viaje, Conde, feliz viaje... Nos vimos por la calle, y cambiamos una mirada y un saludo... Emprendamos de nuevo nuestro camino, y... si algún indiscreto habla á usted de una pobre joven llamada María del Pŏ, puede contestar, arreglándose el nudo de la corbata: «Me parece haberla visto en la Brianza: era

buena y no del todo fea... La creí rica; ví que no lo era, y me fuí. (*Otro movimiento del Conde.*) Puede usted retirarse, señor Conde, (*Señalándole la puerto*) puede usted retirarse

LEON (*Retirándose.*) Espero...

MARIA (*Con terrible ironia.*) ¡Por Dios, señor Conde, por Dios! ¡Nada de esplicaciones! ¡Nada de frases! ¡Nada!... (*Desde la puerta, en ademán de despedida.*) ¡A Milán!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡A Milán!... ¡Ja, ja, ja!... ¡A Milán! (*Cuando ha desaparecido León.*) ¡Miserable! (*Sentándose abatida.*)

ESCENA XXII

MARÍA, VALENTINA, PASCUAL

PASCUAL (*Después de pausa.*) María... ¡Hija de mi alma! ¡Qué lucha tan penosa para tí!

MARIA Penosa, abuelito, pero saludable. (*Levántase.*)

VALENTINA ¡Pobre hermana mía! ¡Cuánto súfres!

MARIA Nó.

VALENTINA No lloras como lloro yo, y me espantas.

MARIA (*Exaltándose*) No... no puedo llorar... ¿No comprendes que no puedo?... Mi dolor no es dolor: es ira, vergüenza, desprecio. (*Se apoya en el respaldo de una silla, y queda inmovil, fija la mirada en el suelo.*)

VALENTINA ¡Desdichados de nosotros! (*Aparece Remigio y permanece en el umbral de la puerta del foro.*)

PASCUAL Este es el mundo... Esos son los hombres... En los días de bienandanza, todo: en la desgracia, frenéticos por abandonarnos.

ESCENA XXIII

Los mismos, REMIGIO

REMIGIO ¡No todos, tío Pascual!

VALENTINA ¡Ah! ¡Remigio!... Entra. Dios te envía.

REMIGIO Para los días de desventura, está un amigo leal. No todo ha de ser vicio y podredum-

bre. No hay que aceptarlo todo, ni despreciarlo todo: lo que importa es excoger bien... Son máximas que he aprendido de usted, tío.

MARIA (*Contemplándolo absorta.*) (¡Oh!...)

VALENTINA (*Con expansión.*) ¡Remigio!

REMIGIO Tío, ustedes conocen mi posición. La dote de mi madre, sobrina de usted, fué modesta. Me quedan pocos bienes de fortuna: algunas tierras, una casa, un pequeño capital, mucho corazón y... dos brazos: dispongan de todo.

MARIA (¡Qué alma!)

VALENTINA (¡Es un ángel!)

PASCUAL (*Acercándose, conmovido á Remigio.*) ¡Tu mano, Remigio, tu mano!... (*La estrecha con emoción. Remigio besa la del anciano y le abraza.*) Recordaré tus ofertas como cosa santa, pero... no puedo aceptarlas.

REMIGIO Soy huérfano, tío, como lo son mis primas... Sea usted padre para mí, como lo es para ellas. ¿Qué opinas, María?

MARIA (*Después de esfuerzo, prorrumpe en expansivo llanto.*) ¡Oh!... ¡Por fin!... ¡Por fin!...

REMIGIO (*Acercéndose a ella.*) ¡María!...

VALENTINA (*Id.*) ¡Hermana!..

PASCUAL (*Id.*) ¡Hija mía!.

MARIA ¡Lloro... sí!... ¡Benditas lágrimas!... ¡Gracias, Remigio, gracias!... (*Abandona su cabeza sobre el pecho de Remigio.*)

REMIGIO ¡Qué dichoso soy!

ESCENA XXIV

Dichos, CLARETA con un estuche elegante.

CLARETA Señorita María... (¡Ah!) (*Párase, turbada, al ver a María en brazos de Remigio.*)

MARIA (*Desprendiéndose de los brazos de Remigio y afectando calma.*) ¿Qué?

CLARETA El señor Conde me ha encargado entregar á la señorita este estuche.

MARÍA ¡Otra vez él!... (*Toma el estuche y lo abre.*)

CLARETA (*A Pascual.*) Señor, ha llegado de Como el Afinador del piano... ¿Qué le digo?

PASCUAL Que haga como de costumbre.

CLARETA Que lo arregle, ¿eh? Está bien. (*Va á marcharse.*)

PASCUAL (*Ap. á Clareta.*) Oye, Clareta. ¿Han visto mis nietas á aquella señora y á aquel caballero de antes?

CLARETA No, señor: estaban en el saloncito del piano y...

PASCUAL Bién. Puedes retirarte.

ESCENA XXV

Los mismos, menos CLARETA

MARIA (*Examinando los objetos contenidos en el estuche.*) Mis cartas... mis flores secas... mi crucecita... ¡Dios mío, cuánta vileza!

VALENTINA (*Calmándola.*) Hermana mía...

MARIA (*Con ira y como delirante.*) ¡Oh! Eso es demasiado. Puedo tolerar el abandono: el descaro y el cinismo nó... ¡No puedo tolerarlos!... ¡Nó!...

PASCUAL María, ¡tú deliras!... ¡Cálmate!

MARIA Déjame, abuelito, déjame...

VALENTINA Por Dios, ¡piensa en tu salud!...

MARIA (*Con creciente energía.*) ¡Dejádme, os digo... dejadme!... Nadie me persuade... nadie me contiene... Satisfacción y venganza quiero, y... la obtendré. . ¡Oh, sí!... ¡La obtendré!.. ¿Cómo no? (*Se oyen arpegios del piano dentro. María se contiene, se transforma, y después de pausa, dice á media voz y lentamente.*) ¡Ah! «La pasion por la música aviva en el alma el amor...» Fueron sus primeras palabras... (*Con resolución.*) ¡Remigio!..:

REMIGIO (*Acercándose á ella con expansión.*) ¡María!...

MARIA Oye. Una extraña idea agita mi alma como inspiración del cielo.

REMIGIO ¿Cuál?

MARIA Para resignarse á una desgracia, se necesita

soledad y reposo. Para combatirla, movimiento y vida. (*Cesa el piano.*)

REMIGIO ¿Qué quieres decir?

MARIA ¿Estás dispuesto á abandonar la Brianza, la casa en que naciste, todo, para aventurarte á una existencia llena de agitaciones y de peligros?

REMIGIO Si se trata de tu bien, sí.

MARIA ¿Te sientes capáz de seguirme, sin traba ni condición alguna?

REMIGIO Por tí, María, me siento capáz de todo.

MARIA Está bien. Oye, abuelito. (*Habla bajo y agitadamente con Pascual, quien, de tiempo en tiempo, hace señales de sorpresa y de incertidumbre.*)

VALENTINA ¿Adivinas algo, Remigio?

REMIGIO Fantasea...

VALENTINA No lees en los ojos de María algo extraño que se parece á la locura?...

MARIA Abuelito, aguardo tu contestación.

PASCUAL ¿Sientes verdadera fé?

MARIA Inmensa.

PASCUAL ¿No te faltará valor?

MARIA Nó.

PASCUAL ¿Tienes esperanza de triunfo?

MARIA Grande.

PASCUAL Si del cielo viene tu inspiración, ¡bienvenida sea!

MARIA ¡Oh, gracias, abuelito, gracias!.. (*Le besa la mano con trasporte; después, toma la de Remigio.*) ¡Remigio... hermano mío... vén! *Le acerca á Pascual y baja la cabeza ante éste.*) ¡Tu bendición, padre mío!...

PASCUAL (*Alzando las manos al cielo.*) ¡Qué el ángel de los buenos consejos os guíe, hijos míos!... Yo os bendigo con toda la efusión de mi alma.

(*Vuelven á percibirse harmonías y arpegios del piano. —Cuadro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



Acto segundo

Salones, lujosamente adornados é iluminados, en casa de la Marquesa Olimpia de la Rovera.

ESCENA PRIMERA

OLIMPIA, LEON. FEDERICO, PROFESOR FANTINI, CONDESA DE ROSA, CABALLERO FILIPPI, MARIO, DAMAS, CABALLEROS

(*Algunos sentados, otros de pié y discurriendo de uno á otro salón: Mário entre éstos. Filippi, dando el brazo á una dama. La Condesa de Rosa, sentada en un sillón, á la derecha, Fantini. cerca de ella, de pie galanteándola. Federico hace los honores de la casa, pasando de uno á otro grupo. En primer término, izquierda, Olimpia sentada en un diván, y á su lado, el Conde León Leoni.*)

FEDERICO Sujételа usted bién, profesor Fantini: no sea que se le escape...

FANTINI ¿Qué?

FEDERICO La... que pintan siempre calva, cuando á veces... (*Por la dama con quien Filippi platica íntimamente,*) tiene mucho pelo... sin uno de tonta.

MARIO Y para mí ¿no hay epigrama, Federico?

FEDERICO ¡Mucho que sí! Tu eres un joven accidental que duermes y fumas heróicamente. Hé aquí tu fotografía... (*La Condesa de Rosa suelta una carcajada. y Federico se vuelve hacia ella.*) Cuando Mesina ríe, Esparta no llora.

CONDESA — Me ha hecho reir mi ilustre profesor Fantini.

FEDERICO — Condesa, el cuerpo docente tiene pleno derecho á ser un cuerpo... humorístico.

FANTINI — Me he permitido formular una lijera galantería.

CONDESA — Nó: una ligereza de galantería. . algo dudosa.

FANTINI — (*Separándose de ella.*) ¡Serpiente .. serpiente! (*Se aleja.*)

CONDESA — ¡Profesor... profesor!...

FEDERICO — ¡Graciosos... graciosísimos!

CONDESA — (*A Fed.*) ¡Quiere hacerme la córte, y no comprende que me carga.

FEDERICO — El cuerpo docente, Condesa, tiene pleno derecho á ser un cuerpo. . cargante.

CONDESA — ¡Ja, ja, ja!

FEDERICO — Por lo demás, adorable Condesita, como que yo, enguantado y todo, soy un ladrón... voy, con su permiso de usted, á permitirme un pequeño hurto.

CONDESA — ¿Pretende usted robarme el corazón?

FEDERICO — Nó, por cierto. No sabria cómo componérmelas para... librarlo de otros ladrones.

CONDESA — ¿De... veras? (*Sonriendo.*)

FEDERIDO — De veras. Para garantir el corazón de una muger guapa, contra los peligros de una evasión, se necesita un cuerpo de ejército con seis cañones rayados. ¡Y vaya de cuerpos... sin almas!

CONDESA — ¡Qué malo es usted!

FEDERICO — Lo soy discretamente, porque me limito á los hurtos de medio carácter... Voy á robar á usted una flor de su preciosa guirnalda. ¿Se puede?

CONDESA — Se puede... ¡pero con tiento!

FEDERICO — (*Cogiendo una florecilla de la guirnalda que adorna la cabeza de la Condesa*) El tiento es mi fuerte. (*Se coloca la florecilla en el ojal del frac*) Ya soy caballero condecorado.

CONDESA — ¿De la orden de la inocencia?

FEDERICO — Dispense usted, Condesa: creo que para mí, como para usted, la inocencia es ya fruto averiado. Prefiramos la orden de la belleza... que no lo es tanto.

CONDESA — Condecoración á buen precio la que acaba usted de conseguir.

FEDERICO Las hay que cuestan menos y se obtienen con menor esfuerzo. (*Siguen hablando.*)

LEON (*A Olimpia.*) ¿De modo, Marquesa, que hay que renunciar al gusto de verla á usted reconciliada con nuestra hermosa ciudad de Milán? Las cresterías del «Duomo», los palcos de la «Scala», las avenidas de «Porta Renza» perdieron para usted sus atractivos.

OLIMPIA Nó; pero prefiero esta ciudad de Florencia.

LEON Lo comprendo.

OLIMPIA Por lo demás, siempre tuve predilección decidida por las poblaciones monumentales. Amo las Bellas Artes con mayor pasión, con mayor fanatismo cada día; tanto, que á ser joven...

LEON ¡Oh!

OLIMPIA ...Más joven de lo que soy, creo que renunciaría al vano título de Marquesa, para correr en pos de nombre y reputación de artista.

LEON Lo cual me explica perfectamente lo que se me ha dicho.

OLIMPIA ¿Y es?

LEON Que este palacio de usted sea el centro de cuanto de selecto en Bellas Artes tiene Toscana.

OLIMPIA Duéleme que esta noche sea de ópera nueva; pero me consuela pensar que algo habrá ganado usted honrando mi casa: conocerá usted á la famosa pianista Diana Bianchini.

FEDERICO Diana Bianchini; el ídolo de mi tía: un demonio en cuerpo y alma... si no hubiésemos convenido todos, «némine discrepante», en l'amarla un ángel en alma y cuerpo. (*Se ha separado de la Condesa, y vuelve á acercarse á ella.*)

LEON He oido hablar de ella.

OLIMPIA Vino de Nápoles, donde fanatizó al público. Lleva dados seis conciertos en la «Pérgola» y se anuncia el séptimo, para domingo que viene. Pongo á disposición de usted mi palco proscenio, número 2.

LEON Mil gracias, Marquesa: acepto gustosísimo, prometiendo aplaudir á su protegida con todo el vigor de mis palmas.

OLIMPIA Y de su corazón.

LEON — El corazon... dejémosle tranquilo: es un mueble viejo que destacaría tristemente entre los adornos del palco.

CONDESA — (*A Federico.*) Aléjese usted de mí: sus máximas me horrorizan.

FEDERICO — Son las máximas del siglo.

FANTINI — (*Acercándose.*) Siglo desorientado.

FEDERICO — Bravo: pues, como académico que es usted, profesor, debe orientarlo... en cuyo caso, yo y la Europa, tributándole reconocimiento, haremos que se erija á usted una gran estátua... pedestre.

ESCENA II

Dichos, CRIADO

CRIADO — (*Anunciando, desde el foro.*) La señorita Virginia Monticelli. (*Váse.*)

FEDERICO — (*Ap. á la Condesa.*) La continuadora de Salvátor Rosa y de Poussin...

CONDESA — (*Id. á Federico.*) ...Si en su paleta no faltasen colores y en su pincel alientos.

OLIMPIA — (*Llamándole.*) Federico...

FEDERICO — (*Corriendo á ella.*) Tía Marquesa...

OLIMPIA — Dá orden de que enciendan en el salón Mercurio, para los caballeros que gusten jugar.

FEDERICO — Voy volando, tía Marquesa. (*Al pasar cerca la Condesa.*) (Debo sacrificar Venus á Mercurio: dispense usted condesa, y... hasta ahora.)

CONDESA — (¡Pero qué truhán!)

ESCENA III

Dichos, menos FEDERICO, VIRGINIA

(*La Marquesa vá á su encuentro.*)

VIRGINIA — ¿Cómo está usted, Marquesa?

OLIMPIA — Perfectamente: gracias... Tome usted asien-

to .. El conde León Leoni, de Milán. *(Presentando.)* La señorita Virginia Monticelli, pintora distinguida.

VIRGINIA De Sicilia.

LEON ¡Oh! El país de los corazones apasionados.

OLIMPIA Terminó usted, querida Virginia, su magnífico paisaje?

VIRGINIA Le estoy dando las últimas pinceladas, pero trabajo con pésima voluntad.

OLIMPIA Los nervios... ¿eh?

VIRGINIA Sí, Marquesa: los nervios que...

ESCENA IV

Los mismos, CRIADO. Luego ASCANIO y LORENZO

CRIADO *(Desde el umbral del foro.)* El señor Ascanio Balbi, y el doctor Lorenzo Tesaglia.

OLIMPIA Poesía y periodismo que se dan la mano.

LORENZO Señora Marquesa... señoras...

ASCANIO Ilustre dama...

OLIMPIA Bienvenidos, caballeros... *(Presentando.)* El Conde León Leoni, de Milán. El señor Ascanio Balbi, autor de... de...

ASCANIO De rimas amorosas, cantos juveniles y poesías trascendentales.

OLIMPIA El doctor Lorenzo Tesaglia, abogado y redactor del... del...

LORENZO Del «Pipistrello», periódico de teatros. *(Se han formado tres grupos: en primer término, derecha, Lorenzo, Ascanio. Olimpia, Virginia y León; en segundo término, izquierda, Fantini y Condesa, ésta bastante cerca del primer grupo; en último término, Mario, la Baronesa, Damas y Caballeros.)*

CONDESA ¡Cómo! ¿Un revistero de teatros que abandona el «Pagliano» en noche de estreno de ópera?

LORENZO Asistí ayer, con el amigo Balbi, al ensayo general, y... nos basta y sobra.

CONDESA ¿Conque... sí, eh?

LORENZO Sí, Condesa, sí. Espectáculo mísero, y eje-

cución desdichada. Un tenor sin grandes principios...

ASCANIO — Un barítono sin grandes medios...

CONDESA — Ya: y un bajo sin grandes fines, ¿eh?

LORENZO — Uno podría tener, pero deplorable.

CONDESA — (Apuesto á que tenor, barítono y bajo no están suscritos al «Pipistrello».)

LORENZO — ¿Dice usted, Condesa?...

CONDESA — Digo si... puede saberse el nombre del autor del libretto?

ASCANIO — ¡Pse! Un chico principiante, oriundo de Pistoia y habitante en Volterra. ¡Ayúdeme usted á sentir!...

CONDESA — ¡Horror! (No sé por qué me horrorizo.)

ASCANIO — Ni lenguaje, ni argumento, ni desenlace, ni...

CONDESA — (Ahora lo sé demasiado.)

OLIMPIA — Y... ¿la orquesta, señores?

ASCANIO — Débil, Marquesa, débil.

LORENZO — Salvo algunos profesores acreditados...

CONDESA — (Suscritores del «Pipistrello»: seguro.

FANTINI — ¿Y el vestuario y el atrezo, caro poeta?

ASCANIO — Pobres, carísimo profesor: muy pobres.

OLIMPIA — ¿Y el decorado?

VIRGINIA — Debe de ser barroco: han excogido un mal escenógrafo.

ASCANIO —
«Como siempre, usted presiente,
gran artista, la verdad:
el pintor es delincuente
reo de lesa Majestad.»

VIRGINIA — *(Ap. á Ascanio.)* ¡Podía esperar á usted esta mañana!

ASCANIO — (*Id. á ella.*) He estado á ver la Bianchini.

VIRGINIA — (*Id. á él.*) ¡Y se atreve usted á decírmelo! (¡Siempre la Bianchini! ¿Cuándo se irá de Florencia esa mujer tan... cargante?)

ESCENA V

Dichos y FEDERICO

FEDERICO — *(En alta voz y entrando.)* Aviso perentorio á los aficionados al juego. Por orden de Minerva, queda iluminado Mercurio... Señori-

ta Virginia, á los pies de usted. Acuérdese de su promesa de hacerme el retrato. Lo deseo á caballo: retrato hípico, retrato ultra-ecuestre... «fin de siècle».

LORENZO Orlando Paladino.

FEDERICO (*Estrechando la mano á Lorenzo.*) ¡Oh! ¡Buenas noches, gaceta ambulante y abogado polidiestro! ¿Ya ha dado usted á luz el duodécimo artículo en honor de Diana Bianchini, la reina inconcusa del piano, según frase rutilante de usted?

LORENZO Saldrá mañana.

FEDERICO ¿Ella?

LORENZO Nó, guasón: el artículo.

FEDERICO ¡Ah! Lo leeré... lo leeré... (ó no lo leeré, que es lo más probable.)

VIRGINIA (¡Y vuelta á la Bianchini!)

FEDERICO Y usted, caballerito: ¿ha compuesto yá el consabido madrigal en honor de la consabida reina... inconcusa?

VIRGINIA (¡Un madrigal!... ¡Hipócrita!)

ASCANIO Sí: pocos versos, pero... substanciosos.

VIRGINIA (¡Y substanciosos, pérfido!)

FEDERICO ¿Conque .. sí, ¿eh? Apuesto á que adivino la rima: duelo, vuelo, consuelo, cielo, alma, calma, palma...
«Por tí cesó mi exhuberante duelo;
por tí recobra su ideal el alma;
por tí ¡oh mi Diana! he remontado el vuelo;
por tí... por tí... he subido al quinto cielo;
por tí y sólo por tí...» Aquí, calma ó palma.

ESCENA VI

Los mismos, CRIADO. Luego HIPÓLITO DE CORNARO

CRIADO (*Anunciando.*) Su Excelencia el señor Duque Hipólito Cornaro. (*Váse.*)

FEDERICO La sombra de la Bianchini. El cuerpo no debe de estar lejos.

OLIMPIA (*A León.*) Va usted á conocer un tipo delicioso.

FEDERICO Se tiene por descendiente de Catalina Cor-

naro, Reina de Chipre, y trota desalado en pós de la artista Diana Bianchini, la cual lo zarandea con una gracia incomparable.

ASCANIO — Dicen que es de familia muy rica.

CONDESA — Rectifico: muy rica un tiempo hoy muy arruinada.

FEDERICO — Rectifico la rectificación: muy arruinada un tiempo; hoy muy restaurada.

HIPÓLITO — (*Con énfasis.*) Marquesa Olimpia... beso á usted los pies. Señores...

OLIMPIA — (*Imitándole algo.*) Bienvenido, Duque.

HIPÓLITO — ¿Cómo está usted de salud, amabilísima Marquesa?

OLIMPIA — (*Id.*) Estoy bien: muchísimas gracias.

HIPÓLITO — Celebro tanto... ¿Y usted, simpática Virginia?...

VIRGINIA — Mal, Duque: los nervios ..

HIPÓLITO — Celebro tanto... (*Separándose*)

VIRGINIA — ¿Eh?

HIPÓLITO — (*A Ascanio.*) Ilustre poeta... (*Le estrecha la mano*)... Perínclito letrado periodista... (*A Lorenzo.*) ¡Oh! apreciabilísimo sobrino de su gran tía... (*A Federico.*) ¿Y ese caballero quien no tengo la fortuna de conocer?

OLIMPIA — (*Presentándolo.*) El Conde León Leoni...

CONDESA — De Milán. (El estribillo de rúbrica.)

OLIMPIA — (*Idem.*) El Duque Hipólito Cornaro...

CONDESA — De Venecia.

HIPÓLITO — Milán y Venecia tienen derecho á darse un cordial... apretón de manos. (*Estrecha la mano á León.*) ¿De cuándo acá en Florencia, Conde... si no es indiscreción?

LEON — Desde hace dos días: por negocios.

HIPÓLITO — ¡Dos días nada mas!... ¡Ah! Entonces no ha oído usted á la Bianchini .. ¡oh! no puede usted imaginarse quién sea la Bianchini: la primera pianista... mejor dicho: la primera artista del universo mundo, en el piano.

CONDESA — Después de Thálberg .. con permiso del señor Duque.

VIRGINIA — Y después de Liszt, y después de Rubinstein... con licencia del señor Duque.

HIPÓLITO — ¡Que Thálberg, ni que Liszt, ni que Rubinstein, preciosas señoras mías! Diez dedos como aquéllos, y un busto como aquél, y un alma como aquélla no existen ni han existi-

do en el universo mundo. En Nápoles, donde estuvimos últimamente, no se citaban más que dos maravillas: el Vesubio y la Bianchini.

FEDERICO Además de los macarrones. . con el beneplácito del señor Duque:

ESCENA VII

Dichos, CRIADO. Luego, MARÍA y REMIGIO.

CRIADO La señorita Diana, y el señor Remigio Bianchini.

TODOS (*Cada uno según su temperamento.*) ¡Oh! (*Movimiento general de espectación.*)

OLIMPIA (*Levantándose.*) ¡Por fin! ..

LEON (*Idem.*) ¡Se hizo la luz!

HIPÓLITO Súbditos principia el reinado.

FEDERICO ¡Oh! cuidadito con la Reina!

PASCUAL «Cuando su nombre escucho,
¡no sé que dicha siento!
Cual sol al firmamento,
me inunda con su luz.

FEDERICO ¡Basta porque presiento
negro capúz... ó cruz,
y temo su tormento
aquí y... en Veracruz.»

Dispense usted, poeta, si me permito hacerle competencia; pero quien anda con un cojo ..

ASCANIO Dispense usted, á su vez; pero... no creo cojear absolutamente.

FEDERICO ¡Cómo no, si es usted frecuente víctima de pies... forzados!

ASCANIO (¡Prosáico!)

FEDERICO Aquí está Diana... cazadora. (*Aparece Maria, lujosamente ataviada, seguida de Remigio.—Movimiento general*)

MARIA (*Inclinándose, á derecha é izquierda.*) Señores...

OLIMPIA Mi querida Diana...

LEON (¡Qué veo!... ¡María!...)

MARIA (¡Oh! ¡El!)

REMIGIO (¡El!)

HIPÓLITO	¡Suprema delicia de todos!
CONDESA	(¡Siempre elegante! ¡No la puedo ver!)
OLIMPIA	(*A María, presentándola á León.*) La seño-señorita Diana Bianchini, y el caballero Remigio Bianchini, su hermano.
LEON	¡Ah!... (¡Hermano!)
OLIMPIA	(*A María.*) Un próximo y seguro admirador de usted: el Conde León Leoni.
MARIA	(*Inclinándose.*) Conde...
LEON	(*Turbado.*) Señorita...
MARIA	(*Afectando desenvoltura.*) Honor para mí será el contar á usted en el número de las personas que me distinguen con su benevolencia.
LEON	(*Con involuntario ímpetu.*) Mar... (*Conteniéndose.*) Señorita... (*María pasa á conversar bajo con Olimpia.*) (¿Es esto un sueño?.. Nó, nó: despierto estoy...)
CONDESA	(*Ap. á Federico.*) Pusilanime está el... de Milán.
FEDERICO	(*Id. á Condesa.*) ¡Quiá! Táctica amorosa. Para triunfar de ustedes, las hijas de Eva, ó mucha audacia, ó mucha pusilanimidad. Sólo yo Condesita, me permito preferir el término medio á los extremos. Soy un pusilánime... audáz.
CONDESA	(*Dándole con el guante en la mejilla.*) ¡Tunante!
FEDERICO	Gracias. Mañana repetición... en la mejilla izquierda: ¿eh? Aplicación de la doctrina del Evangelio.
HIPÓLITO	(*A María.*) Amiga ideal, he estado hoy en el Hotel, á las doce, para ofrecer á usted cuarenta y siete camelias blancas, como nuevo testimonio de profunda y cada día más floreciente admiración. ¡Cuánto he sentido no encontrarla á usted!
MARIA	¡Y cuánto lo siento yo! Había salido con mi hermano. Pero he visto y contado las camelias. ¡Qué prodigalidad, señor Duque, y qué magnificencia!...
HIPÓLITO	Las únicas que me he podido procurar en Florencia. La cinta, blasonada y recamada de oro, la he hecho traer exprofeso de París.
FEDERICO	(Por telégrafo.)

MARIA La he admirado, y reitero á usted mi gratitud.

HIPÓLITO ¡Qué gratitud ni qué...! Disponga usted, á su antojo, de mi cabeza, de mi corazón, de mi sangre, de... la isla de Malamocco, si la desea usted.

TODOS (*Cada cual á su manera.*) ¡Ja, ja, ja!...

MARIA (*Riendo.*) ¡Demasiado, señor Duque, demasiado!

HIPÓLITO Rían cuanto quieran estos señores: no retiro el ofrecimiento. Nosotros, los Cornaro, descendientes de la famosa Reina de Chipre, sentimos la... integridad y la... intensidad de nuestra prosapia galante.

FEDERICO (Como si dijésemos la chifladura remachada.)

HIPÓLITO Somos ardientes en el pensar, ardentísimos en el sentir. O no admiramos, ó admiramos con fuego: ó no amamos, ó amamos hasta el delirio. . hasta la desesperación.

FEDERICO (Pues... ¡á desesperarse tocan, Duque Cornaro, descendiente de la Reina de... Malamocco... ó de Mamelucco.)

ESCENA VIII

Los mismos, CRIADO

CRIADO (*Anunciando*) La señora Marquesa Compagni, el coronel señor Santi, el escultor señor Bartolini.

OLIMPIA Señores, pasemos, si les parece á ustedes, al salón de baile, á reunirnos con esos caballeros. (*Movimiento general.*) Diana, como de costumbre, confiero á usted el dominio absoluto de mi casa... Condesa de Rosa, con su permiso, le robo á usted la cátedra. (*Se coje del brazo del profesor Fantini.*)

CONDESA Usted lo tiene; pero le advierto que las lecciones de esa cátedra son algo pesadas.

FANTINI ¡Serpiente... serpiente!

CONDESA ¡Profesor... profesor!

ESCENA IX

Dichos, menos OLIMPIA, FANTINI y algunos concurrentes, que van trás de ellos.

HIPÓLITO (*A María ofreciéndole el brazo.*) ¿Me hace usted el obsequio amiga ideal?...
MARIA (*Aceptando.*) ¡Siempre tan atento!...
HIPÓLITO ¡Oh! ¡Siempre!
LEON (¡Ese imbecil á su lado!...)
HIPÓLITO (*Alejándose.*) ¡Ah!... Si usted quisiera...
MARIA (*Sonriendo.*) Si quisiera... ¿qué?... ¿La isla de... Malamocco?
HIPÓLITO ¡Cruel!
MARIA (*Volviendo el rostro.*) Remigio, tengo que hablarte.
REMIGIO (*Acudiendo.*) Voy contigo.

ESCENA X

Dichos, menos MARIA, HIPOLITO y REMIGIO

FEDERICO (*Después de pausa.*) Nada: cualquiera la creería enamorada de su hermano. Siempre lo quiere pegado á sus faldas.
CONDESA Cuestión de... de fé de pila. (*Acepta el brazo que le ofrece Lorenzo.*)
LORENZO No comprendo...
CONDESA Que las mugeres de ese género tienen siempre á mano algún pariente más ó menos auténtico, que hace los honores de la... familia.

ESCENA XI

VIRGINIA, ASCANIO, FEDERICO, LEON

ASCANIO (*Ofreciendo el brazo á Virginia.*) «Olmo soy: sea usted vid.»

VIRGINIA Dispense usted: no estoy para versos... subtanciosos. (*Lo dice acentuando mucho el adjetivo, y se coje del brazo de Mario, retirándose con éste.*)

ASCANIO «Herida se muestra,
está desdeñosa...

FEDERICO Y á mí es una cosa
que me hace reír.»
Ya se lo he dicho ¡oh fácil poeta!, que hago á usted la competencia... Pero... nada: pelillos á la mar y... ¡á ella! Si Apolo no socorre á usted, le auxiliará Terpsícore:
La fertil Diosa de la fertil Danza,
que siembra... á rempujones la esperanza.

ASCANIO Lo cual probará que no soy cojo: ¿eh? (¡Chúpate ésta!)

FEDERICO «¡Ah, picarón vengativo!
Tiene usté el génio muy vivo,
y... en cuestiones de muger,
ésto le puede perder.—¿eh?» (*Imitándole.*)

ESCENA XII

FEDERICO, LEÓN

FEDERICO ¿Qué tal, León amigo? Cabizbajo llegas.

LEON (*Irguiendo la cabeza.*) No...

FEDERICO ¿Qué te parece de este pequeño mundo, compuesto de pocos originales y de tantas copias? (*Pone la mano sobre el hombro de León.*)

LEON (*Frío y distraido.*) Que... me da vértigos.

FEDERICO Pero chico: ¿sabes que te encuentro muy cambiado? Algún día eres el alma del buen humor, y hoy... ¿Qué te ocurre? En confianza: ¿ataques al corazón?

LEON Nó.

FEDERICO ¿Al bolsillo?

LEON Tampoco.

FEDERICO Pues... ¡á vivir se ha dicho, camarada!

LEON ¿Acaso no vivo?

FEDERICO Es que no basta la vida de simple vejetación... fosforescente. ¡Quiá! Imítame, hom-

bre, é imita al Duque Cornaro y compañeros .. mártires: arrójate á hacer la córte á la Bianchini.

LEON (*Animándose.*) ¿A la Bianchini?

FEDERICO Sí: receta infalible para los enfermos de hipocondría.

LEON (*Animándose.*) ¿Conoces tú bien á esa muger?

FEDERICO Desde hace quince días .. Ya has visto: mi tía se perece por ella: me la tiene hipnotizada.

LEON Bien, bien: pero ¿sabes tú verdaderamente lo que sea ella?

FEDERICO ¡Toma! Una muger de «cartello,» una «virtuosa» de la música, una estrella... errante del Arte, que habla divinamente, que toca divinamente y que... ama divinamente.

LEON (*Con ira concentrada.*) ¿Que... ama?

FEDERICO O que al menos se deja amar...

LEON (¡Oh!)

FEDERICO ...La aman todos, y todos mariposean en torno de ella; todos... excepto yo, que no quiero faltar á mi tía. (*Aparécele María en el fondo.*)

LEÓN Conque... ¿el Duque Cornaro?...

FEDERICO Su predilecto de la mañana.

LEON ¿El poeta Balbi? ..

FEDERICO Su predilecto del mediodía.

LEON ¿El periodista... *Pipistrello*...

FEDERICO Su predilecto de la no...

LEON ¡Basta, desgraciado!... ¡Mientes!...

FEDERICO (*Muy sorprendido.*) ¿Eh?

LEON Sí: ó mientes por perversidad, ó repites, por lijereza, las mentiras de los demás.

FEDERICO ¿La conoces, pues?

LEON No la conozco, pero... la defiendo: es mujer.

ESCENA XIII

LEÓN, FEDERICO, MARÍA

MARIA Gracias, Conde Leoni. (*Adelante.*)

LEON ¡Ella!

MARIA (*A Federico sonriendo.*) Caballero... es usted un mal sugeto.

FEDERICO Yo... En fín: puede que le sobre á usted razón, pero... ¿qué le vamos á hacer? Nada: Mi lengua peca de larga... Lo confieso: exceso orgánico... *á nativitate.*

MARIA Pues sírvase usted aceptar un consejo. El humorismo burlón á toda costa, á todas horas, en todo y para todo, arrastra á los hombres, —¡hasta á los más buenos!—á juicios temerarios y á calumnias indignas. Procure usted—se lo aconsejo, en su propio bien—procure usted ser formal y reflexivo cuantas veces el abuso del epigrama pueda exponerle á merecidas censuras. ¿No le parece á usted que le doy un buen consejo?

FEDERICO (*Amoscado y tragando saliva.*) Señorita... posee usted una gracia que fascina; pero... repito, bajo palabra de honor, que...

MARIA Dejemos á un lado las palabras de honor. Son artículos en desuso. (*Todo esto mirando fijamente á León, que permanece confuso.*) Aquí, en esta casa de su señora tía de usted, de mi noble protectora, que tan señaladas pruebas me está dando de cariño, siento y cumplo el deber de perdonárselo á usted todo. Ríndase usted, pues, con los honores de todas mis armas.

FEDERICO Una capitulación tan... magnánima enaltece al vencedor, sin deprimir al vencido. (*Retirándose muy amoscado.*) (¡Me clavó!)

ESCENA XIV

MARÍA, LEÓN

LEON (*Después de pausa y acercándose, con pasión, á María.*) ¡Oh! ¡María!... ¡María!...

MARIA (*Con frialdad, conteniéndolo.*) Diana, caballero, Diana Bianchini, que reitera su gratitud al Conde Leoni, por la lealtad y brío con que ha sabido defenderla.

LEON (*Mortificado é incitante.*) Y... si el Conde Leoni osase invocar los recuerdos del pasado; si se atreviera á decir á Diana Bianchini:

en nombre del cielo, señorita, caiga por un momento el antifáz que oculta á María del Pó!... ¿qué contestaría Diana?

MARIA (*Grave.*) Contestaría que... María del Pó no supo, ni quiso sobrevivir á la vergüenza del injusto abandono. Contestaría que la pobre aldeana de la Brianza duerme, tres años há, bajo la losa de un sepulcro inaccesible. Contestaría, en fin, que pretender desenterrar las cenizas de la muerta, para pedirlas una frase, una palabra, una señal de reconciliación, sería tentativa insensata. Los muertos, Conde, no resucitan.

LEON (*Más mortificado.*) De modo que... ¿al Conde Leoni no le quedaría sinó el remordimiento de haberla perdido para siempre?

MARIA (*Volviendo al tono animado y brillante.*) No lo sé. Usted es el único juez competente. Por mi parte, no deseo, ni por asomo, ingerirme en los intereses de usted, y menos en los de su corazón. Somos nuevos el uno para el otro; nos hemos conocido hace un momento... hemos cambiado nuestros nombres... y nuestras credenciales.

LEON ¿Lo cual significa...

MARIA Que ello no obsta á que, el día de mañana, salgamos de las formas diplomáticas para ser amigos... muy amigos.

LEON (*Con pasión.*) ¡Oh!.. ¿Será cierto?... ¡Repita, ah, repita usted esas palabras, María!...

MARIA Diana, Conde, Diana.

LEON Diana,... María: ¿qué más dá? Pero... ¡repita usted sus palabras de antes! Han despertado en mí el sentimiento de la vida y de la juventud; han sido dulces y suaves como preludio de una santa rehabilitación... porque sépalo usted; no me avergüenza el confesarlo: desde el día en que, insensato, me separé de su lado, lento súfrir me consume y postra. Me siento envejecido de cuerpo y alma. Nada busco, nada ansío y... nada me calma: ni viajes, ni placeres, ni bienes de fortuna; ¡nada! En sociedad, dentro del gran mundo, afecto una serenidad que me falta, una calma que no tengo, una forzada sonrisa que delata la interna lucha del alma. Ante

mí propio, ante la conciencia que me remuerde sin cesar, me veo pequeño, y zozobro; soy como el niño que se espanta de su propia sombra. Sí: espantado estoy de mí mismo.

MARÍA (*Con alegría contenida.*) (¡Ah!) ¡Prosiga usted, Conde; prosiga usted!...

LEON (*Con más calor.*) A veces, de mis ensueños, surge una divina imagen cubierta con un velo blanco, como la estátua del pudor, sueltas las largas trenzas, como el genio de la melancolía. Extiendo los brazos hacia ella, y ruego y lloro... Despierto con los ojos ardientes, jadeante... y sólo hallo silencio y soledad... ¡Oh! tenga usted compasión de mí... ¡Yo la amo á usted, María; yo... te amo!

MARIA ¡Ja, ja, ja!

LEON ¡María!

MARIA ¡Deje usted que me ría, Conde! Nos conocemos desde hace un cuarto de hora, y ya se abandona usted á unos transportes y confidencias, que... ¡Ja, ja, ja!..

LEON ¡Esto es demasiado, María!

MARIA (*Formal.*) Diana, Conde; ¡siempre Diana!

LEON ¡Ah! ¿No comprende usted que esta implacable comedia acabará por desesperarme?

MARIA Hará usted mal. Un hombre del gran mundo no debe dar tanta importancia á la historia de sus caprichos amorosos. Imíteme usted á mí, Conde. Yo también, una vez, tuve la debilidad de creer en un joven apuesto y galante, que me hablaba precisamente como usted á su María... También me prometía amor, fé, constancia... precisamente como usted: todo con palabras que parecían salidas de lo más profundo del corazón... como las de usted. Y llegó un día en que... mi camarera se me presentó diciéndome: «El señor Conde... Era Conde, como usted,... El señor Conde me ha encargado que entregara á la señorita este estuche...» Y el estuche contenía mis cartas, mis flores marchitas, mi crucecita de oro... «Esos son los hombres», dije para mí. Y me senté al piano á tocar un capricho de Fumagalli sobre motivos del

«Rigoletto»: música poco clásica, pero de una oportunidad sangrienta. La clásica, la gran música de mi predilección, ¡ay! parecía habérseme borrado de la memoria... De mi adorada Sonata XXVI, sólo hubiera recordado una parte: la primera; la despedida...

LEON ¿Y tuvo usted serenidad bastante para...

MARIA ¿Para tocar el capricho de Fumagalli? ¡Ya lo creo! Mi Condesito se figuraba, tal vez, que vestiría yo luto y me abandonaría á los rigores de una soledad claustral... ¡Qué locura! Yo, muy al contrario de la María de usted, pensé en vivir, en sacarle jugo al tiempo; en correr en pós de emociones y de ruído... Como usted ve, he llegado á ser una artista, una pequeña celebridad. Por dó quiera, recojo flores para mi cabeza y collares de perlas... con crucecitas de oro y todo .. para mi garganta. Me circunda y me asedia una multitud de adoradores, todos dispuestos á tributarme incienso... mucho incienso... Yo ofrezco la mano á todos, tengo una sonrisa para todos, una mentira para todos... ¡ja, ja, ja!... como la tendré para usted. Conde, el día de mañana... ó el otro. Y en esta vida llena de batallas y de fiebres, entre los homenajes de los cortesanos y los aplausos del público, olvido las miserias del pasado, para pensar y creer sólo en las realidades del presente y en las promesas del porvenir... ¡Y soy felíz, Conde Leoni, soy muy felíz!... ¡Ja, ja, ja!... (*Como acordándose de algo que olvidaba.*) Ah! Paro en Santa Trinitá: «Hôtel du Nord», principal. De las diez á las doce, estudio; de las doce á la una, recibo; á las cuatro, cómo... Conque... ya lo sabe usted, Conde... Hasta luego. . Nos veremos... pronto ¿verdad? Cuento con usted para la primera contradanza... ¡Cómo dudarlo! ¡Oh! No me lo perdonaría jamás!... Hasta luego, Conde, hasta luego... ¡Ja, ja, ja, ja!... (*Música interior, cuerda. Aire de minueto*)

ESCENA XV

LEÓN. Luego, OLIMPIA y REMIGIO

LEON (*Después de pausa y reaccionándose.*) ¡María!... Quiero verla, quiero que me oiga, que me crea, que me perdone, que haga justicia á mi remordimiento...

OLIMPIA (*Del brazo de Remigio.*) Conde...

LEON ¡Ah! Señora...

OLIMPIA ¿No estaba usted con ella, con mi querida artista? Me ha dicho Federico...

LEON Sí: acaba de entrar... (*Señalando la puerta.*)

OLIMPIA Es extraño. Remigio...

REMIGIO Señora...

OLIMPIA ¿Tiene usted la bondad de pasar á enterarse de...

REMIGIO Voy al momento.

ESCENA XVI

LEON, OLIMPIA. Luego, MARIA, REMIGIO.

OLIMPIA No extrañe usted, mi solicitud por ella. ¡La quiero tanto!

LEON Lo sé, Marquesa, y le honra á usted semejante cariño.

OLIMPIA ¿Verdad que sí? ¿Verdad que vale mucho?

MARIA Señora Marquesa...

REMIGIO (¿Qué habrá ocurrido entre los dos?)

OLIMPIA La echaba á usted de menos.

MARIA Siempre tan bondadosa conmigo.

OLIMPIA Terminó la primera contradanza, y como no les he visto á ustedes por el salón...

ESCENA XVII

Los mismos, HIPOLITO, FEDERICO, CONDESA, ASCANIO, VIRGINIA, LORENZO, FANTINI y MARIO.

(*Entran en apretado grupo, bromeando.*)

HIPÓLITO (*Principiando á hablar desde dentro.*) ¡No se rían, señores; no se rían ustedes! (*Entra con un gran confite en la mano.*) Respetemos la competenci. de cada cual.

FEDERICO El competente soy yo.

CONDESA No me conformo: soy yo la competente.

ASCANIO Voto por el bello sexo.

VIRGINIA Yo por el fuerte.

HOMBRES ¡Una hembra! ¡Una hembra!

MUJERES ¡Un varón! ¡Un varón!...

OLIMPIA (*Jovial.*) ¿Qué es ello, señores? ¿De qué se trata?

HIPÓLITO Trátase, simpática Marquesa, de una cuestión europea.

OLIMPIA ¿De la de Oriente acaso, Duque?

FEDERICO No, tía Marquesa: de la de Poniente.

HIPÓLITO Este excepcional confite, que formaba el remate de una verdadera pagoda de *crocant*, encierra, de seguro, como sus similares, un secreto de la más alta trascendencia. ¿Quién debe romper el sigilo?... He aquí, amabilísima Marquesa, lo que en San Marco llamarían el nudo de la cuestión.

FEDERICO Nudo que, como no se puede desatar, hay que cortarlo. Sea usted la .. Alejandra Magna. (*Con gran rapidez, arrebata el dulce de manos de Hipólito y lo presenta á María.*)

HIPÓLITO ¡Oh!... (*Algo irritado al arrebatarle Federico el confite.*) ¡Ah!... (*Muy satisfecho al ver que lo entrega á María.*) ¡Bravísimo!

TODOS ¡Bien!... ¡Muy bien!... (*Aplausos.*)

CONDESA (¡Necios!)

VIRGINIA (¡Estúpidos!)

ASCANIO
Aplaudo, con ambas manos,
la solución del problema:
el bello sexo es mi tema...

FEDERICO
En lo cual somos hermanos.

VIRGINIA (¡Vaya unos poetas ramplones!)

HIPÓLITO (*A María.*) Amiga ideal, esperamos impacientes la revelación del...

MARIA (*Después de partir el confite, de sacar un papelito arrollado y de enterarse.*) (¡Ah!...) (*Conteniendo la impresión inmediata y con transición.*) ¡Ja, ja, ja!... ¡Magnífico!...

OLIMPIA ¿Qué es ello, Diana?

MARIA Pocos versos y prosáicos, pero verdaderos. Conde Leoni, ¿quiere usted leerlos en alta voz? (*Entrega á León el papelito.*)

LEON (*Lee.*) «Que sea tu mujer muy agraciada
poco te importe ó nada.»
(*Titubea, después de leer los dos precedentes versos, con los ojos fijos en el papelito.*)

MARIA ¡Adelante, Conde!...

OLIMPIA ¡Adelante!...

TODOS ¡Adelante, adelante!...

LEON (*Leyendo en voz baja.*)
«La mejor dote, oh chico aprovechado,
es... gran dote al contado.»

TODOS ¡Oh!

ASCANIO Ripioso...

FEDERICO Si: y escandaloso. ¿Qué opina usted, Duque?

HIPÓLITO ¡Psé!... Que el poeta incógnito no anduvo desacertado del todo.

CONDESA ¡Oh! (*Escandalizada.*)

CASI TODOS ¡Oh!

HIPÓLITO El dinero ha sido, es y será siempre un objeto de primera necesidad.

FEDERICO (*Ingenuo.*) Especialmente en el matrimonio. (*Comprendiendo, al observar á su tía, lo inconveniente de su observación, se tapa la boca.*) (¡Que siempre haya de sobrarme lengua!)

OLIMPIA ¿Lo crees así, Federico?

FEDERICO ¡Je, je, je!... Digo que...

CONDESA Ideas triviales.

VIRGINIA Banales.

FEDERICO (Pero muy... dotales.)

CONDESA ¡Guerra á todos los partidarios del matrimonio por especulación!

VIRGINIA ¡Guerra sin cuartel! Cuente usted con una aliada, Condesa.

FEDERICO Coalición formidable. (¡Gran puñado son dos moscas!)

MARIA	Formidable... pero inútil.
OLIMPIA	¡Inútil! ¿Por qué, hija?
MARIA	Porque la corriente puede más que las coaliciones. (*Fijos los ojos en Leon, á cada frase intencionada.*) Los matrimonios de inclinación pertenecen á los tiempos legendarios. En este fin de siglo, hay que casarse con una dote. ¿Cuánto llevará tal muchacha? Tanto ó cuanto; y si la cifra parece razonable y la familia no viene á menos, para que el amor no se encoja, negocio al canto. Pero si la dote desaparece... el amor... se va por el foro.
OLIMPIA	¡Qué pesimismo, hija!
MARIA	¡He visto tanto de eso .. corriendo mundo!
CONDESA	¡Qué horror!
VIRGINIA	Qué vergüenza! ..
MARIA	Si: horror y vergüenza, pero realidad.
LORENZO	Pues yo, en mi periódico, defiendo el principio opuesto.
FEDERICO	(Para principios estamos.)
ASCANIO	Y yo en mis cantos líricos.
FEDERICO	(O cantos rodados.)
FANTINI	Y yo en mis Lecciones de Estética.
FEDERICO	(*Ora pro nobis.*)
OLIMPIA	Y usted, Conde ¿qué es lo que opina usted?
MARIA	Cabal: sepamos la opinión del Conde Leoni. (*Movimiento general.*)
TODOS	Sí, sí... Que la emita...
LEON	(*Cohibido y temblándole la voz.* Pues... yo, señores, tengo averiguado que. . la belleza, la gracia y... la distinción del alma deben pesar en el platillo de la balanza conyugal. Tengo averiguado que á la mujer rica debe anteponérsele siempre la mujer de corazón.
OLIMPIA	¡Bravo!
CONDESA	¡Muy bien dicho!
VIRGINIA	Perfectamente.
FEDERICO	¡Bah! ¡Cómo cambian los tiempos!
OLIMPIA	¿Qué dices, Federico?
FEDERICO	(¡Ea! ¡Que ya se me soltó!) Pues... digo que ignoro de quién ha aprendido mi amigo León sus teorías de última hora; pero lo que sí puedo asegurar es que no las profesaba en otra época.
LORENZO	¿En que época?
ASCANIO	¿En la de los caballeros andantes?

FEDERICO — Nó: en la de las novias... paradas..

LORENZO — Que se expliquen esas palabras.

TODOS — Que se expliquen... que se expliquen...

LEON — (*Turbado y conteniendo su despecho.*) Federico...

MARIA — ¡Cómo! ¿Usted también, Conde, ha tenido su momento de debilidad? ¿También usted ofreció al mundo el feo espectáculo de una amenaza de matrimonio? (*Ríe.*)

OLIMPIA — ¡Sí, Diana, sí... Hará... sobre tres años que iba á casarse.

MARIA — (*Con esfuerzo para parecer indiferente.*) ¿Sin duda con alguna dama del gran mundo?

FEDERICO — ¡Quiá! Con una chica del mundo... pequeño.

LEON — (*Con mayor energía que antes.*) Federico... Federico...

REMIGIO — (No sabré contenerme.)

CONDESA — Y... ¿era bonita la pobre abandonada?

FEDERICO — ¡Oh! Como una rosa; pura como una azucena, y gallarda... (*Haciendo memoria.*) ¡Ah, si! Gallarda como un lirio; con una mirada que seducía, con una voz que conmovía; con una...

HIPÓLITO — Pero ¿era rica?

FEDERICO — Ahí estuvo el *tu autem*, Duque; el busilis, el...

LEON — (*Con brío, que sorprende á todos.*) ¡Basta ya! Ni una palabra, ni un gesto, ni una reticencia más que pueda rebajar el concepto de... aquella mujer.

MARIA — ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!... (*Sonriendo todos más ó menos acentuadamente.*)

LEON — ¡No se ría usted, señorita! Sabré defenderla hasta... contra usted misma.

OLIMPIA — Conde... permítame usted, indicarle que el sitio y la hora no me parecen muy apropósito para hacer gala de... bríos caballerescos.

LEON — Señora, todas las horas y todos los sitios son buenos para impedir que se eche el ridículo sobre cosas sagradas para mí. Respeto á usted y á su casa como se merecen; pero, por encima de todo, están la dignidad de un hombre y el honor de una mujer, que tienen derecho á ser amparados y defendidos... (*Notando que Ascanio y Lorenzo cambian, sonriendo, alguna palabra, prosigue con mayor*

ímpetu.) Sí: defendidos y amparados con tal resolución, que atajen las insolencias de vividores *pipistrellistas* y de *cigarras* cargantes.

LORENZO ¿Qué?

ASCANIO ¿Lo dijo usted por mí?

LORENZO Caballero...

OLIMPIA Señores... (*Música de orquesta dentro, que no cesa hasta el final del acto.*)

MARIA (*Nerviosa; interponiéndose.*) Conde, me ha comprometido usted la segunda contradanza... ¿No lo recuerda usted?... ¡Qué olvidadizo!... Su brazo... Así... ¡A danzar, Conde!... ¡Oh! La danza calma arrebatos... Danzar es vivir... ¡Vamos, Conde, vamos!... (*Sorpresa general. Animados comentarios, después de silencio, mientras León y María, del brazo, desaparecen por el foro.—Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



Acto tercero

Teatro de la Pérgola.—Gabinete elegante de artista.—Puerta al fondo, colgada con portier.—A la izquierda, mesita con tapete y récado de escribir.—A la derecha, precioso tocador de señora.—Sillones y sillas.

ESCENA PRIMERA

MARÍA y CLARETA

(María, que viste rico y elegantísimo traje de sociedad, está sentada frente al tocador y se mira en el espejo, mientras Clareta termina el tocado de aquélla.

MARIA (*Impaciente.*) Clareta, estás hoy fatal: estos colores no casan, no... Me pones nerviosa.

CLARETA ¡Qué quiere señorita! La imprevista llegada del señor y de la señorita Valentina me han trastornado la cabeza, y...

MARIA ¡Pobre abuelito! Afrontar las molestias de tan largo viaje, con el único fin de darme una sorpresa y de asistir á mi último concierto!... ¡Pobrecito! ¿Cómo corresponder á tantas pruebas de cariño?...

CLARETA Realmente, á su edad y con sus achaques... ¿Qué no haría por usted? ¡Pobre señor!... ¡Si es más bueno que el pan!

MARIA ¡Oh! ¡Cuánto le quiero! ¡Cuánto!

CLARETA ¡No que no!

ESCENA II

MARÍA, CLARETA, REMIGIO

REMIGIO ¿Se puede?
MARIA Entra, Remigio, entra.
REMIGIO Deseabas el programa: aquí lo tienes. (*Lo coloca sobre la mesita.*)
MARIA Gracias. ¿Toco sólo tres composiciones, verdad?
REMIGIO Tres, nada más.
MARIA Beethoven, Scarlatti y Chopín: ¿eh?
CLARETA (*Que se ha enterado del programa.*) Cabal.
REMIGIO Con las acostumbradas repeticiones interminables.
MARIA ¿Qué hora es, Remigio?
REMIGIO Las siete y media. Falta media hora para principiar, y ya la gente se agolpa á las puertas del teatro.
MARIA Pues... oye. Te llegas al Hotel, y acompañas al abuelito y á Valentina á los números 2 y 4 de la segunda fila de butacas, que les he hecho reservar.

ESCENA III

Dichos, CRIADO. Luego, LEÓN

CRIADO (*Anunciando.*) El señor Conde Leoni.
REMIGIO (¡Oh!)
MARIA (*Levantándose rápida.*) Que pase. (*Váse el criado.*)
REMIGIO (¡Siempre él!)
LEON ¿Cómo está usted, señorita?
MARIA (*Yendo á su encuentro.*) Perfectamente: gracias, Conde.
LEON (*Por Remigio.*) Caballero...
REMIGIO Caballero... Hasta luego. Voy por...
MARIA Sí.—Tome usted asiento, Conde. El poco

tiempo que me queda, lo consagro á los aficionados más decididos. Clareta...

CLARETA Señorita...

MARIA Cuando falten diez minutos para la sinfonía, me pasarás recado.

CLARETA Está bien, señorita. (*Retirándose.*) (¡Humm!..) (*Por la mala impresión que le causa el Conde, y mirando á éste de reojo.*)

ESCENA IV

LEÓN y MARÍA

LEON (*Serio y grave.*) Al medio día, he estado á ver á usted... Volví á las dos... Volví á las cuatro... Siempre igual respuesta: «La señorita Bianchini no está en casa»... Supongo que la señorita Bianchini había pasado el día fuera de Florencia.

MARIA Pues... no acierta usted.

LEON (*Sorprendido.*) Fuera del Hotel.

MARIA Tampoco acierta usted.

LEON ¿Tampoco?.. (*Después de breve pausa se levanta muy grave.*) En tal caso, señorita, tengo motivos para sospechar que mi presencia la mortifica á usted, y... me retiro.

MARIA ¡Ja, ja, ja!...

LEON Es que...

MARIA Conde: póngase usted delante de este espejo, y... contémplese, si quiere ver cómo se cae en el ridículo exagerando la seriedad.

LEON (*Acercándose con presteza á María.*) ¡Oh! ¡María!...

MARIA Diana, Diana... ¡Siempre Diana!

LEON Cruel.

MARIA Nó: justa; y si se obstina usted en cambiarme el nombre por fuerza, vamos á reñir... de verdad. (*Indica el sillón.*) ¡Ea!... Sírvase usted sentarse otra vez, y... escúcheme.

LEON (*Después de indecisión breve.*) Tiene usted razón en jugar conmigo: lo merezco. (*Se sienta.*)

MARIA Desarrugue usted el ceño, sabiendo que esta

mañana ha llegado de Bolonia, sin que yo le esperase, un antiguo y excelente amigo mío...

LEON ¡Oh!...

MARIA ...Sujeto querido para mí bajo muchos conceptos. Debí conferenciar con él íntimamente, y previne á los criados del Hotel que no estaba en casa para nadie. Se hará usted cargo de que una excepción en favor del Conde Leoni, hubiera despertado en mi excelente amigo sospechas poco lisonjeras para una mujer que se respeta y quiere hacerse respetar de todo el mundo.

LEON (*Levantándose, como antes, serio y excitado.*) ¡Basta, señorita, basta!

MARIA (*Con mucho donaire.*) ¿Otra vez ceñudo? ¿Va usted á regalarme con una segunda edición de... impaciencia dramática? Querido Conde, hay efectos teatrales de pésimo efecto. Imíteme usted, y cálmese de una vez.

LEON (*Después de breve pausa.*) No tema usted: calmado estoy; tanto, que... me propongo, en lo sucesivo, no privar á usted, ni un sólo minuto más, de las confidencias de sus amigos... excelentes.

MÁRIA ¡Oh, qué mordáz!...

LEON Señorita Diana Bianchini,... me voy, llevando, con el pesar de haber hallado á usted en mi camino, la esperanza de olvidarla pronto.

MARIA ¿Se va usted... de veras? (Lo dudo.)

LEON Sí. (*Da un paso en dirección á la puerta.*)

MARIA ¿Ahora mismo?

LEON Ahora mismo.

MARIA Probándolo... como los tenores en las óperas, que dicen siempre que se van, y no se van nunca.

LEON ¡Oh!...

MARIA Basta de comedia y... acérquese usted.

LEON ¡Tenga usted compasión de este pobre loco!

MARIA O, por mejor decir: de este pobre celoso.

LEON Pues bien, sí: ¿á que negarlo?... Celoso de verdad, celoso hasta la locura... hasta la desesperación. Celoso de los hombres que la rodean á usted y de las damas que la protejen, de los periodistas que la celebran y de

los poetas que la cantan. Sí: celoso de los saludos de sus conocidos y de los aplausos de sus admiradores, celoso de todo, hasta del aire que respira usted; hasta de la luz que la alumbra. Y ahora que lo sabe usted todo; ahora que tiene entre sus manos este mísero corazón, combatido por el remordimiento, por la pasión y la duda, vea usted si el torturarlo horriblemente le parece meritorio.

MARIA — Dejemos á un lado las torturas: nó soy esbirra de la Santa Inquisición. Me limito á indicar á usted que ha errado el camino... como de costumbre.

LEON — ¿Que he...

MARIA — Sí: usted va en busca de esos amores exclusivos y románticos, que necesitan el silencio de los campos y la soledad del desierto. ¡Ah! Tales amores no los espere usted de mí. Las mujeres artistas como yo, somos las coquetas del público. Para sustraernos á él sería preciso abandonar las tablas del escenario que estamos ahora pisando.

LEON — Pues se abandonan.

MARIA — ¡Ah! No puedo.

LEON — No quiere usted.

MARIA — Nò debo.

LEON — ¿Por qué no?

MARIA — Porque mis estudios y mi trabajo proporcionan la subsistencia á una familia honrada.

LEON — (*Con afán.*) Y... si existiese un medio para salvar las conveniencias de usted y las de su familia, ¿estaría usted pronta á aceptarlo?

MARIA — Según qué medio fuese: falta conocerlo.

LEON — (*Después de fluctuar.*) Después de lo ocurrido tres años há, me falta valor para decírselo á usted de palabra.

MARIA — (*Sonriendo.*) ¿De veras? Pues... recurra usted al expediente de los pobres de espíritu. En la mesita hay recado de escribir: escriba usted lo que no osa decirme de palabra.

LEON — Sí: á ello voy. (*Después de breve fluctuación, se va á la mesita y se dispone á escribir.*)

ESCENA V

Dichos, HIPÓLITO, OLIMPIA, FEDERICO

HIPÓLITO (*Dentro.*) ¡Adelante, Marquesa, adelante!... (*Se presenta acompañando á Olimpia y llevando un gran ramo de flores, del cual pende hasta el suelo una cinta muy rica y vistosa.*) Dispense usted, amiga ideal, si me atrevo á romper la consigna.

LEON (¡Ya está en danza el gran tipo!...)

MARIA Señor Duque, usted no necesita dispensas, y mucho menos cuando acompaña... á quien acompaña.

OLIMPIA (*Besando á María.*) No he querido entrar en el palco sin dar á usted la acostumbrada prueba de mi cariño.

MARIA ¡Mi buena señora!...

HIPÓLITO (*Presentando las flores.*) Cogidas ex-profeso para esta noche.

MARIA Mil gracias, señor Duque. (*Acepta el ramo, y lo coloca sobre la mesita.*)

LEON (¡Ridículo!)

ESCENA VI

Los mismos, CLARETA

CLARETA (*Desde la puerta.*) Señorita, faltan diez minutos para la sinfonía. (*Queda en el umbral de la puerta. Levanta el portier cuando se retiran Olimpia, Hipólito, etc.*)

OLIMPIA La dejo á usted, hija mia. Nos veremos concluida la primera parte. Conde, me prometió usted ser de los nuestros. En el palco le aguardamos. (*A Hipólito.*) El brazo, Duque, si no es molestar á usted...

HIPÓLITO ¡Oh!...

FEDERICO (¡Y de mí no se acuerda!) Soy con usted luego, tía... (¡Nada!) (*Gran suspiro.*)

HIPÓLITO (*Dando el brazo á Olimpia.*) Amiga ideal, voy á aplaudir á usted como siempre. Serenidad y... nuevo triunfo seguro... como no se habrá visto otro en el universo mundo. Vamos, Marquesa, vamos...

ESCENA VII

Dichos, fuera OLIMPIA é HIPÓLITO

FEDERICO Ya ve Vuestra Alteza que sus admiradores son consecuentes en la entusiástica lealtad que le profesan.

MARIA ¡Vaya usted, vaya usted con su tía, súbdito turbulento y zumbón!

FEDERICO Acepte Vuestra Alteza mi anexión incondicional, y prometo sentar el juicio. (*Sepárase de María, y León se acerca á ésta.—Al retirarse, se fija en Clareta.*) ¡Cálle! ¿Dónde te he visto yo antes de hoy, fresca muchacha?

CLARETA Probablemente en... Europa, porque en las Américas no he estado.

FEDERICO ¡Miren la... geógrafa doméstica!... Pero ¿dónde la he visto yo?... ¿Dónde la he...

ESCENA VIII

MARÍA, LEON, CLARETA

LEON (*Prosiguiendo conversación con María.*) La pretensión parecerá á usted extravagante.

MARIA No importa: me basta que sea digna.

LEON Aceptándola...

MARIA Hago á usted felíz: ¿no es esto?

LEON Sí: y no aceptándola...

MARIA (*Con cierta ironía briosa.*) Le mato á usted: ¿verdad? (*Riendo.*) ¡Lo de siempre!

LEON ¿Cuándo la contestación?

MARIA Esta misma noche.
LEON ¿Dónde?
MARIA (*Indicando el ramo que Hipólito ha dejado sobre la mesita.*) Dentro de este ramo.
LEON Hasta luego, María. (*Yendo hacia la puerta.*)
MARIA Nó; ¡todavía nó!
LEON Hasta luego, Diana.
MARIA Sí: esto sí, Conde Leoni.
LEON (*Desde el umbral de la puerta, con intención.*) Hasta luego.

ESCENA IX

MARIA, CLARETA

(*Apenas se ha ido León, María saca del seno la carta y la lee.*)

CLARETA (*Después de pausa.*) Señorita...
MARIA (*Acabando de leer.*) ¿Qué?... ¡Ah!... (*Terminando muy satisfecha la lectura.*) Habla: ¿qué ocurre?
CLARETA Que no me he engañado: que la señora Marquesa Olimpia y su sobrino estuvieron en Brianza, y, si no recuerdo mal, precisamente en la época en que el señor Conde Leoni se alejó de casa.
MARIA (*Con alegria y vivacidad.*) Clareta...
CLARETA Señorita...
MARIA ¿A cuántos estamos hoy del mes?
CLARETA A veintidós.
MARIA Pues... señala el número veintidós en el de mis días afortunados.
CLARETA Menos mal.

ESCENA X

Dichas, REMIGIO

REMIGIO Quedas complacida. ¿Necesitas algo más?
MARIA (*Entregándole la carta de León.*) Lée. (*Remigio se entera de la carta, demostrando ira creciente.*)

CLARETA (¿Qué será? ¡Daría por enterarme de ese escrito...)

REMIGIO (*Enérgico.*) ¡Vive Dios, que esto es ya demasiado!

MARIA ¿Verdad que sí?

REMIGIO Se necesita... descaro para firmar esto.

MARIA Mucho. ¿Verdad?

REMIGIO ¡Declararte de nuevo su amor, y...

MARIA ¡Y pretender que le conteste esta misma noche!

REMIGIO ¿Eso pretende?

MARIA Eso.

REMIGIO ¿Cómo ha podido atreverse...

MARIA Por consejo mío.

REMIGIO ¡Oh! ¿Tú...

MARIA Yo le he prometido contestar hoy mismo.

REMIGIO ¿Hoy mismo?

MARIA Esta misma noche.

REMIGIO ¡María!

MARIA (*Cogiendo, de manos de Remigio, la carta, y desplegándola sobre la mesita.*) Escribe, debajo, la contestación.

REMIGIO (*Dispuesto á escribir.*) Dicta.

MARIA (*Dictando.*) «Diana Bianchini, pianista...»

REMIGIO *Después de escribir.*) «Pianista...

MARIA ...Acepta.»

REMIGIO (*Con la mayor sorpresa.*) ¿Qué?

MARIA Escribe: «acepta».

REMIGIO (*Levantándose, grave y digno, suelta la pluma.*) No podría, aunque quisiera. Me tiembla la mano.

MARIA Tienes razón. Yo misma... (*Escribe.*) «Acepta». (*Dobla el papel y vá á colocarlo en el centro del ramo de flores, mientras hablan Remigio y Clareta.*)

REMIGIO (¡Qué humillación!)

MARIA Clareta, voy á la escena. Este ramo no debe tocarlo nadie, absolutamente nadie. Tú me respondes de ello.

CLARETA Corre de mi cuenta.

MARIA Dices, Remigio, que tu mano tiembla... Toca las mías: ¡qué seguras están! Recorrerán el teclado, con la celeridad del rayo. Responderán á todos los caprichos de la fantasía. Esta noche quiero estar inspirada... (*Se contem-*

pla en el espejo y arregla.) Lo estaré... si; lo estaré para mi buen abuelito y para mi querida hermana. ¡Oh Sonata genial de Beethoven! Hoy sí que vas á constituír mi gran triunfo. (*Con expansión.*)

ESCENA XI

Dichos, CRIADO

CRIADO — Señorita Diana...

MARIA — (*Transición.* ¡Ah! sí... sí... Allá voy, allá voy... Hasta ahora, Remigio... Clareta,... hasta ahora... (Hasta siempre) (*Váse precipitadamente.*)

ESCENA XII

CLARETA, REMIGIO

REMIGIO — (¡Acepta su amor! ¿Puedo creerlo? ¡No! ¡No puedo!) (*Oyense grandes aplausos interiores. Luego, principia el primer tiempo de la «Sonata XXVI», de Beethoven, cuyos acordes se perciben á lo lejos. Clareta, en el siguiente diálogo, va y viene de la puerta foro, á Remigio, mostrando impaciencia por hablar con éste, y al propio tiempo, por oír la música.*)

CLARETA — ¡Todos palmotean!... ¡Qué gusto!... ¡Manos á la obra nosotros también, señorito!

REMIGIO — ¡Dichosa tú, Clareta, siempre alegre!

CLARETA — ¡Nó que nó! Hay que ser... ¿cómo llaman?... ¡Ah, si! Hay que ser *filófosos.*

REMIGIO — ¡Imposible!

CLARETA — ¡Claro! El mundo es una bola, y usted, como buen enamorado, no dá pié con bola.

REMIGIO — Tienes razón.

CLARETA — ¡No he de tenerla! Por ejemplo: usted suspira por la señorita María, y la señorita María hace que no se entera... En cambio, la señorita Valentina suspira por usted, y usted... como si tal cosa. ¿Quiere usted que le dé un consejo, señorito? Pues no se apure, ni se desviva, y tome las cosas conforme le salgan al paso.

REMIGIO — Dices bien ¿A qué forjarme ilusiones? Soy

exijente sin razón, soy injusto con la pobre María. Pero como Valentina no me habló jamás de. .

CLARETA ¡Miren por donde sale! ¡Como si las declaraciones de amor se hiciesen sólo hablando! Bueno fuera que la señorita Valentina le hubiese tirado del faldón de la levita para decir á voces: Remigio, tú eres hombre y yo soy mujer; tú me quieres como cincuenta; pues yo, como ciento. Juntemos nuestros cariños y... ¡á la Vicaría! (*Con creciente vivacidad.*) ¿Repara usted en este par de ojos? (*Señalando los propios.*) Me parece que no son para desairados, ¿eh?

REMIGIO ¡Oh, no!

CLARETA Pues bien: mis intenciones amorosas en ellos las dejo traslucir... Quien me entienda que me entienda, y quien no... (*Ruido de aplausos dentro Clareta aplaude.*) ¡Palmotée usted, señorito, palmotée usted también!

PASCUAL (*Dentro.*) ¿Dónde está?... ¿Dónde está?... ¡Dejádme verla... dejádme abrazarla!...

REMIGIO ¡Tío Pascual!

CLARETA ¡El señor! (*Corre hacia la puerta, levanta el portier, y aparece Pascual, acompañado de Valentina, anhelante, fuera de sí de gozo.*)

ESCENA XIII

CLARETA, REMIGIO, PASCUAL, VALENTINA

PASCUAL (*Gritando.*) ¡María!... ¡María!...

VALENTINA (*Confusa.*) ¡Por piedad, Remigio; por piedad, Clareta!... Calmádlo, ó va á volverse loco.

PASCUAL Sí... sí: dice bien Valentina... Voy á volverme loco... loco de dicha. No sé lo que me digo, ni lo que hago... Río y lloro como un niño... Pero no importa: he recobrado mis fuerzas... Me siento rejuvenecido de diez años... de treinta... Y todo ¿por qué, Remigio?... ¿Todo por qué, Clareta?... ¡Ah! Bien lo sabeis vosotros... Todo porque ella... mi adorada María, me ha hecho olvidar, en un momento, todas mis penas, todos mis dolores, todas las lágrimas que he derrama-

do... Sí: la he visto; estaba allá, como un ángel radiante de belleza y de felicidad... Y todos la han aplaudido con exclamaciones,... con las manos,... con los pañuelos... Pero sus ojos... ¡oh! sí, sí; sus ojos estaban siempre vueltos hacia mí... siempre mirando al pobre abuelito... siempre sonriéndome... (*Estrepitosos aplausos dentro.*) ¿Oís?.. ¿Oís?.. Otra vez, y son para ella... para ella sola... para mi buena, para mi adorada hija .. Pero ¿dónde está? Quiero verla... (*Se agita por el escenario.*) Quiero abrazarla...

ESCENA XIV

Dichos, MARÍA.

PASCUAL ¡Ah!...

MARIA (*Arrojándose en brazos de Pascual.*) ¡Padre mío!...

PASCUAL ¡Hija de mi corazón!...

MARIA (*Después de largo y conmovedor abrazo á Pascual.*) Clareta, acerca una silla...

PASCUAL ¿Para mí? ¿A qué?... ¿No ves qué bien estoy de pié?... Deja, deja que así te contemple y que te diga un millón de cosas... Pero ¿eres tú, tú misma, verdad?... ¿No me engañas?... ¡Ja, ja, ja! (*Apoderándose de la cabeza de María, estrechándola en su seno y besándosela con extraordinaria agitación.*) ¡Ja, ja, ja! (*Valentina y Remigio no pueden contener sus lágrimas de emoción.*)

CLARETA ¡Cálmese por Dios, señor!...

PASCUAL ¡Qué calmarme!... No falta sinó que se me prive de besar á mi niña querida!... ¡Que se me impida decir que ella... que mi María me ha hecho llorar de dicha, y que... que la amo, que la adoro con todas las fuerzas de mi alma!...

MARIA ¡Sabe Dios, abuelito, cuánto agradezco tanta ternura!... Pero... recuerda lo que hemos convenido esta mañana.

PASCUAL ¿Qué es ello?

VALENTINA Que hemos prometido á María conservar su incógnito.

PASCUAL ¡Ah, sí... sí! El incógnito... Tienes razón.

No debemos llamarla María del Pó, sinó... Diana; esto es: Diana... Bianchini... Diana la concertista. . la gran concertista. ¡Ya, ya lo recuerdo, ya!... Yo no soy su abuelito... tú no eres su hermana... Amigos, buenos amigos y nada más: ¿no es ésto?... Está bien; perfectamente bien... No se hable más del asunto... Lo que es por mí... Ya me tenéis sereno y dispuesto á... todo. ¿Estás contenta, María? (*Comprendiendo que acaba de infringir la consigna.*) ¡Ay!... ¿Estás contenta, Diana?... ¿Y tú, Valentina, estás contenta?... ¿Estáis contentos todos?... Pues...

ESCENA XV

Dichos, LEÓN.

LEON (*Desde el umbral de la puerta.*) ¿Se puede...

PASCUAL (*Contrariado.*) ¡Oh!...

LEON (*Sorprendido.*) (¡Qué veo!)

VALENTINA (¡El Conde Leoni!)

MARIA (*Con desenvoltura.*) Adelante, Conde... Tengo la satisfacción de presentar á usted al... amigo de quien le hablé antes: al señor Pascual del Pó, el mejor de mis protectores, y á la señora Valentina, su nieta, la mejor de mis amigas.. (*Presentando.*) El Conde Leoni.

PASCUAL (*Afectando tranquilidad.*) Si... la memoria no me es infiel, no es la primera vez que me cabe el... honor de saludar al señor Conde y de... ofrecerle mis respetos.

LEON (*Sumamente perturbado.*) La... sorpresa y... la turbación no me consienten, caballero, contestarle directamente... Me permitiré, pues, rogar á su... á la señorita Diana, que se sirva decir francamente si el papel que se ha propuesto representar no le parece ya demasiado largo.

MARIA Estamos en un teatro, Conde; estamos en un escenario, y aún suponiendo que yo representase, no sería ciertamente éste el mejor sitio para interrumpir la representación... Y vamos á otra cosa. (*Con intención.*) En aquel ramo hay varios capullos: ¿me hace usted el obsequio de uno, Conde... á gusto de usted? (*Emprende conversación con Pascual.*)

REMIGIO (*Ap. á Valentina.*) (Valentina, estoy leyendo en tu alma.)
VALENTINA (*Ap. á Remigio.*) (Y... ¿qué es lo que lées?)
REMIGIO (*Id.*) (Estás anhelando volver á tu Brianza. Esos fuegos de artificio no se han hecho para tí.)
VALENTINA (*Id.*) (¡No! Todo aquí me turba y me hiere con extraña tristeza... todo... menos el triunfo de mi hermana, porque bien sabe Dios que la quiero más que á mi misma.)
LEON (*Con extraordinario júbilo, después de enterarse de la carta que ha cogido del ramo, reservadamente.*) ¡Acepta! (*Se precipita hacia María.*) ¡Oh, gracias, ángel mío, gracias! Entérese usted, señor del Pó.
MARIA (*Interrumpiéndole con viveza.*) Más tarde: llega gente.
VALENTINA (*Ap. á Remigio.*) (¿Qué será?)
REMIGIO (*Id. á ella.*) (Lo verás.)
LORENZO (*Dentro.*) Diana... ¿dá usted su permiso?
MARIA (*Yendo á la puerta.*) ¡Adelante, señores, adelante!...

ESCENA XVI

Los mismos, ASCANIO; LORENZO.

(*El primero, con un paquetito de impresos liados con un lacito; el segundo, con un ejemplar de periódico.*)

LORENZO (*Ofreciéndo el periódico á María.*) Un nuevo artículo del «Pipistrello,» en elogio de la señorita Bianchini, honor y gloria del Arte.
ASCANIO (*Id. el paquetito.*) Varios ejemplares de un Soneto, en versos esdrújulos, encomiástico de la señorita Diana, honor y prez de Italia.
MARIA ¡Cuánta galantería, señores!... (*Acepta los impresos y los coloca sobre el tocador.*)

ESCENA XVII

Dichos, OLIMPIA, HIPÓLITO y FEDERICO

OLIMPIA (*Yendo al encuentro de María.*) Acérquese usted, adorable artista... acérquese usted... Mi cariño y mi admiración á la bella Diana

los confirma este beso que imprimo en la frente de la buena María.

MARIA (*Sorprendida.*) ¡Cómo! ¿La señora Marquesa sabe...

OLIMPIA Lo sé todo.

HIPÓLITO Todo... como yo.

FEDERICO (*Suspirando.*) (¡Y como yo! ¡Ay!)

OLIMPIA Creo que un destino providencial unió, desde hace tres años, mi existencia á la de usted. Me apasioné por la artista, y me apasiono por la mujer. Soy rica, estoy sola, y siento necesidad de nuevos lazos de cariño. Pues bien: con el consentimiento del señor Pascual del Pó, adopto á usted como hija y la nombro mi heredera. (*Sorpresa general.*)

VALENTINA (*Muy alegre.*) ¡Oh!...

MARIA (*Arrojándose en los brazos de Olimpia.*) ¡Ah, señora!...

FEDERICO (¡Adios ilusiones... testamentarias!)

PASCUAL (*Con entusiasmo.*) ¡Esta, ésta es la gran nobleza: la de pensamiento y óbra; la que glorifica!

OLIMPIA María,... te he dado una madre... A tí te toca ahora procurarte un esposo.

VALENTINA (¡Inspírala, Dios justo!)

LEON (*A María, con tristeza.*) Señorita... corre la voz de que, esta misma noche, se marcha usted de Florencia... ¿Partirá usted sin decirme antes si debo guardar esta carta en el número de mis bellas esperanzas, ó en el de mis tristes recuerdos? (*Mostrándole la carta de antes.*)

MARIA (*Con gran seriedad.*) Ignoro, señor Conde, de qué se trata... Sepámoslo. (*Toma la carta y lee.*) «Señorita: reconozco mis errores, pero me atrevo á esperar olvido del pasado. ¿Acepta usted mi nombre y mi mano? A franca petición, franca respuesta.—Leoni.» (*Vacila.*)

LEON Prosiga usted.

MARIA «Diana Bianchini, pianista, acepta.»

VALENTINA (¡Acepta! ¿Es posible?) (*Movimiento general de diversa índole.*)

PASCUAL (*Como avergonzado.*) ¡Oh!...

VALENTINA (¡Pobre Remigio!)

REMIGIO (¡Si hubiese de ser dichosa con él!...)

HIPÓLITO (¡Afortunado mortal... en el universo mundo!)

MARIA Un momento, señores. (*Cesan los comentarios. Atención general.*) Diana Bianchini acepta; pero... pero María del Pó va á pedir un buen consejo al Conde Leoni, recordándole antes su antigua pasión por cierta «Sonata» célebre en tres partes: despedida, ausencia y... regreso.

LEON Hable usted.

MARIA (*Depués de breve pausa.*) Volví á ver, esta mañana, una mujer con la cual me unen lazos de sincera y antigua amistad. Esa mujer tuvo dos pretendientes: el uno, correspondido y feliz; el otro, oculto y no comprendido. Llegó el día de un considerable revés de fortuna para esa mujer... El pretendiente correspondido desapareció; el otro, el desdichado, ofreció á esa mujer su valimiento, su fortuna, su esclavitud... todo... Mi tierna amiga se ha llegado á mí preguntándome qué haría yo en su lugar... Líbreme usted, Conde, de seria responsabilidad... ¿Qué contestación, ó... qué consejo daría el caballero Leoni á su amiga? (*Espectación general. El Conde fluctúa; observa que todas las miradas están fijas, con gran interés, en Remigio, y, al fin, se decide á hablar.*)

LEON Sí... Tiene usted razón. Merezco el sacrificio á que usted me condena... La lección es dura, pero no injusta. . ¡Sea usted felíz con él! (*Váse.*)

OLIMPIA ¡Bien, hija mía, bien!... Siempre digna, siempre adorable. (*La abraza. Maria, después de corresponder á Olimpia, va á abrazar á Pascual.*)

VALENTINA (Será dichosa.)

MARIA ¿Estás contento de mí, abuelito?

PASCUAL ¡Oh!... ¡Sí, hija mía, sí!... (*Abrazándola estrechamente.*)

FIN DE LA COMEDIA

